

Entonces 11vimos lover

DANIEL BERNAL MORENO



narrativa

Entonces vimos llover

Daniel Bernal Moreno obtuvo la mención honorífica de cuento en el segundo Certamen Literario “Laura Méndez de Cuenca”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través de la Secretaría de Cultura y del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2017. El jurado estuvo integrado por Vicente Alfonso, Édgar Omar Avilés e Imanol Caneyada.

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

DANIEL BERNAL MORENO

Entonces vimos llover



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas
Secretaria de Cultura

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Aurora González Ledezma, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura H. Pavón Jaramillo

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

Entonces vimos llover

© Primera edición: Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, 2019

D. R. © Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Daniel Bernal Moreno

ISBN: 978-607-490-256-3

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/09/19

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Para Rosa Solano Prida

Entre la mezcla de los mil demonios. Gente mañosa, huraña, timorata, convencional, dejada, católica, conformista, explotadores y explotados: cualquier saco nos venía. No mata, nomás taranta.

ALEJANDRO ARICEAGA

La Palma

Sintió que flotaba. Pronto se dio cuenta de que, en efecto, su trasero se había despegado del asiento y volvía a caer. El chofer no pudo evitar reír. A Jorge el dolor en el coxis no le pareció simpático. Dormitaba como algunas personas más que atravesaban la ciudad entre la oscuridad previa al amanecer, hacia el trabajo. El conductor era el habitual en esa ruta y horario: un joven que manejaba sin la menor precaución. Con el salto interrumpió el principio de un sueño; uno donde las caras que veía a diario tenían otro semblante, sin la densidad en el aire, sin rencores, sin tristeza. Donde aparecía él mismo rodeado de gente que sonreía y Edna lo tomaba de la mano. Después de reprimir un quejido, dirigió la mirada furiosa al retrovisor y su vista chocó con la del chofer. Se conocían bien a pesar de nunca haber hablado.

Al descender, la mochila en su espalda le hizo notar que el salto del autobús había dejado un dolor, poco intenso pero constante. Justo a tiempo relevó a uno de los guardias que comparte su puesto: la última puerta de ingreso al patio del penal de alta seguridad de La Palma.

Jorge siempre fue bueno con las manos y malo con la cabeza. No estudió. Desde hace cuatro años su modo de ganarse la vida es poner un sello imperceptible a los visitantes, abrir y cerrar la puerta, mirar sus caras contrastantes al entrar y salir. Conoce y es conocido por la mayoría de los visitantes recurrentes. Varios lo saludan con familiaridad, como Edna, con una sonrisa pese al cansancio.

Edna inició sus visitas un par de semanas después de que Jorge llegara a La Palma. Su esposo era parte de un grupo de secuestradores improvisados. Su primera víctima importante fue la misma para otra banda más experimentada y liderada por un policía. En tres días liberaron al cautivo y encerraron a los plagiaris novatos. Asustada por el trato, las revisiones y el ambiente que permeaba en el lugar, Edna encontró el único gesto amable en Jorge, tan poco acostumbrado a la rutina como ella en ese momento. Un día de diciembre, Jorge le deseó feliz Navidad, ella devolvió los deseos y ambos imaginaron un abrazo que no se dio.

Desde hace unos meses, cuando pone el sello sobre su mano, acaricia su palma y ella lo permite. También están los otros días, los de visita conyugal. Edna, apenada, agacha la cabeza al entrar; él, molesto, la evita al salir. Jorge no sabe si la ama pero la quiere y daría cualquier cosa por estar con ella.

A unos metros de distancia la reconoció. El vacío en el estómago del custodio se presentó. Tímido y lento como lo fue para todo en su

vida, tardó años en tomar la iniciativa. Sintió pena al tomar la mano de Edna, sudaba como nunca antes, puso el sello y, antes de soltarla, le dio una nota. Ella cerró el puño y sonrió sin mirarlo.

La hora y el lugar eran los mismos; el día, distinto. Afuera del penal, sin el uniforme, Jorge se recargó en la pared. Una punzada recorrió su espalda, desde las nalgas hasta la nuca. Recordó la mirada burlona del chofer del camión. Más de media hora esperó sin que ella llegara. El pesimismo de siempre lo poseyó. Cruzó la calle para esperar el autobús. Cuando éste llegó, unos segundos antes de subir, por la puerta trasera, Edna bajó.

—Hola —dijo con voz temblorosa.

—Hola —respondió Jorge que mostraba los dientes en una sonrisa sincera.

—Se me hizo tarde.

—No, si acabo de llegar. ¿Ya comiste?

—Ya. No sabía si venir. ¿Qué es lo que me tienes que decir?

—¿Segura? ¿No quieres que vayamos a otro lado?

—Me tengo que regresar, vivo muy lejos de aquí. Mejor ya dime.

—¿No lo sabes?

—No.

—Te quiero.

Todos los días, al regresar a casa, Jorge avienta la pesada mochila apenas cruza la puerta. Sintió lo mismo al decirle esas dos

palabras: te quiero. Se liberó de un peso que vencía aún más su espalda. Ambos guardaron silencio.

—Por lo menos un refresco —insistió por decir algo. Ella aceptó y se dirigieron a un puesto de quesadillas a unos metros del penal. De pie, él destapó la botella para ofrecérsela; Edna no levantaba la cara, seguía en silencio. Jorge dio un trago antes de hablar—. ¿Y?

—Nada.

—¿Nada?

—Tú sabes mi situación.

—¿Lo quieres?

—Es mi esposo.

—No va a salir, y si lo hace, será en muchos años. ¿Eso quieres, Edna?

Nunca la había llamado por su nombre, nunca habían hablado tanto. Guardó silencio mientras bebía en pequeños sorbos.

—No puedo —dijo.

Sin despedirse apresuró el paso. Jorge no hizo ningún intento por detenerla. Pidió un par de quesadillas y se quedó allí, solo.

~~*

Llegó a la esquina de siempre en medio de la oscuridad. El frío parecía rasguñar la piel y, por si algo faltaba para joder más el día de visita íntima, llovía. El custodio se resignó al sentir las primeras gotas. Frente a él, la puerta del autobús se abrió. Miró al joven chofer que levantó las cejas y frotó sus manos para evitar el frío; estaba seco

y abrigado. Jorge dudó en subir, no se creía en condiciones de lidiar con ese tipo. El conductor aceleró un par de veces. Miró impaciente al custodio, éste escupió al piso y subió al autobús. Apenas se cerró la puerta, un acelerón hizo que los pocos pasajeros se sacudieran. Jorge alcanzó a detenerse de un tubo. Unos metros más adelante, el vehículo se detuvo de golpe.

—Ten más cuidado —le dijo al conductor. Su tono era molesto.

El chofer subió el volumen a su estéreo y fingió no escucharlo. Cuando se sentó, el dolor en la espalda baja lo hizo doblarse hacia el frente. El panorama era tan negro como el humo que el autobús dejaba a su paso.

Mano a mano puso sellos sin levantar la vista. No sabía cómo iba a reaccionar; sin embargo, no encontró su mano tibia, morena, con las uñas sin pintar, con el lunar sobre el dedo índice. No había nadie más formado. Resopló y miró a todos lados. Su compañero, compasivo, sólo dijo:

—No vino, mano, ni la busques.

Fue aún más largo y pesado el día.

Al salir, Jorge se detuvo en el lugar de siempre a esperar el transporte de regreso a casa. Una mano detenía el tirante de su mochila, la otra suelta, desmayada junto a su pierna hasta que, como un bálsamo, sintió la tibieza de la mano que tanto había extrañado alrededor de la suya. Ambos sonrieron.

La temperatura, el ambiente, todo era distinto para Jorge. A su lado, Edna desnuda parecía dormir. Fue entonces cuando las dudas lo sitiaron. No soportaría verla en el penal, no después de lo que había pasado. Ella que en realidad no dormía, luchaba con sus propias dudas.

Antes de lo acostumbrado, incluso sin el fastidioso sonido del despertador, Jorge abrió los ojos. No durmieron abrazados, no se besaron ni una vez más. No hacía falta, la compañía lo confortaba. Puso el café y se metió a la regadera. Cuando salió encontró la mesa lista; en la habitación, Edna, ya vestida, había guardado la ropa que se amontonaba fuera del ropero. Hasta arriba, la camiseta de manga larga que usaría el siguiente domingo. La observó sin que ella lo notara. Se acercó y la tomó entre sus brazos para levantarla, al instante la dejó caer y ambos terminaron en el piso. Ella, entre risas, se sobaba. Jorge, bocabajo, reprimía un quejido. El dolor en la espalda aumentaba. Edna le puso unos fomentos sobre la zona lumbar. Más tarde, bien abrigado salió de prisa a trabajar. Ella prometió esperarlo.

Mientras aguardaba el transporte que lo llevaría a La Palma pensó que ese día podría soportar al inconsciente chofer. La puerta se abrió y el conductor no era el mismo. Un tipo avejentado estaba tras el volante. Tenía mal gesto y era igual de atrabancado al manejar.

—Lo van a soltar —dijo su compañero sin el menor tacto—. Ya sabes, aquí todo se puede. Se arregló con uno de los de arriba. Ni modo, carnal.

—¿Cuándo? —preguntó Jorge desconcertado.

—Mañana.

Todo se agolpó en su cabeza, se sintió mareado, adolorido. ¿Qué tenía que hacer? ¿Contarle todo a Edna? ¿Ocultarlo? ¿Luchar por ella? ¿Olvidarla? Jorge estaba aturdido. Como siempre, decidió aguantar hasta el último minuto. Nervioso ensayó varios discursos al caminar de regreso. Abrió la puerta de su casa y la encontró vacía. Habían acordado empezar una nueva vida juntos, lejos de las enormes y aterradoras paredes del penal y ella se había ido.

—Ya lo sabía —dijo al aire.

Un par de semanas después, sin tener noticias de Edna, vio a los reos en el patio. Allí encontró una cara familiar. El joven chofer, solitario y cabizbajo, lo miraba a lo lejos con un gesto de profunda tristeza.

—Es nuevo, atropelló a una viejita —comentó su compañero.

Una nueva punzada atacó la espalda de Jorge. Más tarde, cuando las visitas llegaron, el custodio la reconoció enseguida. Era la del rostro desencajado, una de las más jóvenes, la única que no sabía hacia dónde caminar. Jorge, amable, le tomó la mano para poner el sello.

—Todo va a estar bien —le dijo mientras rozaba su palma. La esposa del conductor sonrió reconfortada.

La orilla

Claudio supo que no era una buena idea en cuanto arrancó la motocicleta. A esa hora no le quedaba de otra: debía salir cuanto antes. Se abrigó bien. A las dos y media de la mañana el frío arrecia, más en una ciudad como Toluca, y si el trayecto es en moto, mucho peor. Calculó el tiempo que podría hacer hasta Valle de Bravo. “Si tuviera dinero, por la autopista, una hora cuando mucho”. Pero no lo tenía. Decidió irse por la libre y sopesó las opciones: la primera era rodear el volcán, la desechó a una cuadra de su casa, el clima sería insoportable; la segunda era un camino largo rumbo a Zitácuaro, demasiada vuelta y quizá la gasolina no sería suficiente; la última, al parecer más viable, cruzar varios pueblos hasta llegar a Amanalco de Becerra. De ahí en adelante el camino era corto.

Su moto daba no más de ochenta kilómetros por hora. El trayecto no parecía complicado. Los camiones de carga eran el mayor obstáculo, algunos a una velocidad demasiado lenta y otros, en cambio, a un ritmo inapropiado. El aire lo movía cada que avanzaba a su lado. Habían pasado muchos años desde que recorrió ese camino, una tarde en la que sus abuelos lo llevaron a dar un paseo en lancha. “Mis viejos”, susurró. Era un niño y recordaba poco de ese día. Aquella vez hicieron el trayecto a bordo de un Falcon 66 verde. Tenía claras algunas imágenes: el auto, su vómito en el barco donde comieron y, sobre todo, un bache que su abuelo pasó sin frenar. El auto cayó y una llanta se reventó al instante. Los abuelos discutieron por la falta de precaución y por la resistencia de visitar a un oftalmólogo. Las noches eran más oscuras para él. No había casas cerca del lugar en que don Juan trataba de cambiar la llanta. Claudio lo acompañaba tiritando de frío. La abuela, sentada a unos metros sobre una piedra, susurraba con su rosario en la mano. Cada uno miró, sin decir nada, una pequeña luz rojiza en movimiento. Se acercaba poco a poco y por momentos brillaba con más intensidad. La abuela tomó al niño en sus brazos. Se escucharon los pasos de una mula. La silueta de un hombre que fumaba se dibujó entre la neblina. La lucecilla rebotó en el suelo y el hombre sacó de su cintura un machete. Claudio recuerda las manos del abuelo con la llave de cruz. Sus venas hinchadas de sangre y la voz de la abuela al repetir en su oído: “Dios te salve, María, llena eres de gracia...”

— Buenas noches, amigo — dijo el hombre con el machete.

— Buenas, señor — contestó el abuelo de forma escueta.

— ¿Qué buscan por aquí?

— ¡Ay, señor! Fíjese que... —exclamó la abuela.

—No buscamos nada, amigo. Se nos ponchó una llanta —interrumpió don Juan.

—¿De dónde vienen?

—De Valle de Bravo, vamos para Toluca —contestó apurada la abuela que, debido a la oscuridad, no vio la mirada que su esposo le dirigió.

—Éstas son mis tierras; no me gusta que la gente ande por aquí. Últimamente vienen muchos de México, greñudos, marihuanos...

—Nosotros somos una familia, amigo, vinimos de paseo y la llanta reventó por el bache de allí, por donde usted está.

—Sí, no son a los primeros que les pasa. ¿Necesitan ayuda?

—Se lo agradezco mucho, sólo es cuestión de cambiar la llanta. No es necesario.

—¡Juan, por favor! —terció la abuela molesta—. Señor, la verdad es que mi esposo ya no ve bien, con esta oscuridad mucho menos. ¿Podría ayudarnos a cambiar la llanta?

—No se preocupe; yo puedo ayudarlos. Nada me cuesta.

—De verdad, no es necesario.

—¡Ya, Juan, por Dios!

El abuelo se apartó molesto con su mujer. El hombre se acercó y le ofreció un cigarro que don Juan aceptó. El cerillo se encendió y pudo ver que era mucho más joven de lo que había imaginado; su voz ruda no correspondía con su gesto amable. Se arrodilló y mientras Claudio montaba la mula, cuidado por su abuela, el hombre del machete solucionó el problema. Se despidieron de forma amigable, el abuelo insistió en darle una propina que él se rehusó a aceptar. Partieron y el niño cayó dormido.

Claudio pensaba en sus abuelos cuando entró en una curva a gran velocidad. Estaba por salirse de la carretera. Soltó el acelerador e inclinó un poco más la motocicleta para mantenerse en el asfalto. Debido a la inercia, invadió el carril contrario. Por fortuna ningún auto venía en ese sentido. Lo que no pudo evitar fue el enorme bache que apareció de repente. La llanta delantera se hundió y por un mal reflejo, Claudio apretó el freno. La rueda trasera se levantó como impulsada por un resorte y él voló. El impacto de su casco al chocar contra el piso lo confundió, la vista se le nubló por varios segundos. De sus ojos cerrados brotaron algunas lágrimas. Su respiración fue en aumento, cada vez más fuerte hasta que no pudo más y lanzó un alarido. Un grito desgarrador se perdió entre la noche silenciosa.

La mica de su casco estaba muy rayada, con dificultad se arrastró a la orilla de la carretera. Sollozaba como cuando de niño buscaba el consuelo de su abuelo. En ese momento, Claudio tendría que estar correspondiendo a eso. No sentía ningún dolor de gravedad, sólo estaba aturdido, con el casco empañado, con raspones en los codos y uno en la rodilla que le preocupó: el domingo siguiente tenía una cita importante. Hizo algunos movimientos y, al voltear a la carretera, pudo observar una pequeña luz roja que por momentos era más intensa. “No puede ser”, se dijo. Levantó la mica del casco y se puso de pie. La luz de su moto, desde el suelo, iluminó a un hombre de lento andar, acompañado de una mula. Deseó que su abuelo estuviera allí, pero don Juan estaba a pocos kilómetros del bache, en la casa que compró con la abuela para su retiro en Valle de Bravo. Ella tendida en un ataúd y él destrozado a la espera de su nieto.

Mala circulación

Joaquín brincó a la banqueta para esquivar un autobús. Trató de no perder la compostura a pesar del susto. Aún no se reponía cuando, como una maldita premonición, vio de frente a un chico en bici que pedaleaba con fuerza. Al Quino, como todos lo conocían, le molestaban sobremanera las bicicletas. Estaba acostumbrado a lidiar con toda clase de embates pero éstas siempre lo desconcertaban. El chico trató de frenar, se oyó un pitido estruendoso y bajó de la banqueta para sortear al impávido agente de tránsito Joaquín Sanabria.

— ¡Fíjate, pendejo! —le gritó entre risas un taxista al pasar.

Con el silbato en la boca, lo único que respondió el agente Sanabria fue una leve exhalación. Estaba sofocado. El calor agobiante del mediodía, el estrés de estar en un cruce conflictivo y

el hecho de tener los niveles de colesterol y triglicéridos elevados desde hace meses, hicieron que Joaquín se sintiera descompuesto. Dio unos pasos; en su lugar dejó como única autoridad el vetusto semáforo de la avenida Lerdo de Tejada. Se sentó en la explanada frente al Cosmovital con la respiración agitada, con el corazón revolucionado en su pecho, con las sienes contraídas y con la boca seca. Sintió miedo. Si bien no era un deportista continuo, cada semana hacía algo de ejercicio. Sus cuarenta y dos años no le parecían propios para morir, mas sabía que ha pasado en su entorno. Desde el chequeo médico que la corporación le obligó a realizarse estuvo intranquilo. Gracias a eso supo que sus niveles estaban demasiado elevados. Es cierto que Joaquín tiene algunos kilos de más, que sus hábitos alimenticios no son los mejores, pero antes de esos resultados nunca se había sentido mal.

Pasados unos minutos su respiración se normalizó. La sed seguía presente así que se acercó al puesto de una señora que vendía huaraches de tortilla azul. Pidió una Coca-Cola que bebió de prisa. El golpe de gas dentro de su cuerpo hizo que Quino eructara de forma grotesca. A su lado pasaron dos mujeres:

—Mira a este cerdo, en lugar de trabajar está tragando como si nada.

El agente sintió ganas de responderles, pero un dolor en el estómago lo obligó a doblarse. Se volvió a sentar con el rostro enrojecido. Con los ojos acuosos un repentino sudor le escurrió bajo la gorra. Miró a la mujer que le vendió el refresco; ella sin expresión dijo:

—Con ese trago se le pegó la panza; ahorita se le pasa.

Joaquín pensó que era el fin. Luego de unos segundos se tranquilizó. Parecía, ahora sí, volver a la normalidad cuando escuchó el sonido de la patrulla, el jefe inmediato lo buscaba desde su auto. Pagó el refresco sin esperar su cambio y corrió hacia el vehículo.

—Pinche, Quino. ¿Dónde estabas?

—Perdón, jefe, me sentí mal. Fui a tomar un refresco.

—Refresco... Ya ni la chingas, seguro te fuiste a parar al Cosmovital para ligarte a las extranjeras, ¿verdad, cabrón?

—Ya ni la burla, jefe. ¿Cuáles extranjeras? Aquí ni un turista se para.

—Ve nomás el desmadre que se armó —el ruido de los cláxones, de los camiones y los gritos de todos contra todos era una música de fondo a la que Joaquín ya se había acostumbrado.

—Ya sabe, jefe; siempre es así.

—¡Pues imponte! ¿Para qué estas aquí? Nomás de adorno.

—No, claro que no, pero usted sabe que no lo respetan a uno, hace rato casi me atropellan.

—¿Y por qué no lo detuviste?

—Era un autobús.

—¿De qué línea?

—Mexiquense.

—Ah, no, de éstos no. Qué bueno que lo esquivaste.

—Sí pero casi me remata una bicicleta.

—¡Tan pendejo! —dijo entre risas—. ¿Y ni a ése detuviste?

—Con el susto se me fue. Además, le digo que era una bici, ni siquiera una moto para poder pararla.

—Por eso no te respetan, Quino. Pórtate ojete y vas a ver. Nomás abusado, no te vayas a equivocar de cliente y te toque que

te guarden un rato, o peor, que te corran. Acomódate la gorra y, órale, a darle que aquí enfrente están los patrones.

—Está bien, jefe.

El silbato de Sanabria y la sirena de la patrulla sonaron al mismo tiempo; Joaquín se cruzó para abrirle paso a su jefe que, entre cerro-nes a otros autos, salió a toda velocidad. Un par de horas después el clima era distinto. El frío arreciaba, el cielo se volvió gris y las menta-das no menguaban. Miró el reloj. Su estómago se había convertido en una orquesta desafinada: tenía hambre. El olor inconfundible de los tacos al pastor hacía que su apetito aumentara. Sabía que debía cuidarse y esa opción estaba fuera de la dieta; faltaban algunas horas para regresar a casa y comer. En ese momento, todos sus superiores estarían hincándole el diente a algo sin prisas. Recordó a la señora del puesto de huaraches, los nopales eran bien vistos para su alimenta-ción. Aunque fuera un puesto callejero, era una mejor alternativa que los tacos que no paraban de despedir su aroma.

—Me da un huarache, por favor, doña.

—¿Con todo?

—Cual debe. Y una Coca bien muerta.

—Pero ahora sí se la toma despacito, joven, hace rato nomás pelaba los ojotes.

—Ah, qué doña tan fijada. Échele doble capa de frijolitos y mucha salsa para que sepa. ¿Ya mero se va?

—Ya mero. Pero falta la vuelta.

—¿Cómo?

—Regresar hasta mi casa.

—¿De dónde viene, doña?

—De Xonacatlán.

—No, pues sí está colgado. ¿Nadie le ayuda?

—Nadie, joven. Mis hijos andan en el otro lado. No sé nada de ellos desde hace dos años.

—¿Tanto?

—¿Usted cree? Nomás me dejaron a sus chamacos y se fueron. Hay que darles de comer, ¿verdad, joven?

—A veces los hijos somos muy ingratos, doña. Qué bueno que usted les echa la mano. ¿Qué sería de ellos si no?

—Sabrá Dios. ¿Quiere otro?

—Ándele, pues. Pero ahora sí échele nopales, éste era de puro cilantro.

El rechinido de las llantas al frenar hizo que ambos voltearan. Un taxista cerraba el paso de un autobús. Joaquín pagó y se atragantó lo que quedaba de la tostada azul; se dirigió tan rápido como pudo al lugar donde los choferes iniciaban la discusión.

—A ver, a ver, ¿qué pasó?

—¡Este pendejo me voló el retrovisor! —gritó el taxista.

—¿Pa qué no te quitas, güey?

—¿¡Ya vio!? Ya lo aceptó —acusó al camionero.

—Yo prendí mi direccional, no me quiso dejar pasar y pos le di un rozón. Para mí que ya traía roto el espejo, oficial.

—Les voy a pedir que se calmen y me muestren sus documentos.

—¡Pero si él tuvo la culpa! —gritó el taxista, indignado.

—Sí, pero en lo que deslindamos responsabilidades...

—Deslindamos, ¡madres! Mira, poli, yo traigo pasaje, viene el autobús lleno y este güey tuvo la culpa. Si no lo quitas, me voy a llevar su carcacha con el camión.

—¡Que no le diga lo que tiene que hacer, oficial! ¡Ni ha de traer licencia!

—Sus papeles, por favor. Necesito la licencia de ambos —el *soundtrack* de la vida del agente Sanabria tomaba fuerza. El volumen y el caos aumentaban.

—Mira, poli —dijo el joven chofer del autobús al oído de Joaquín—, me tengo que ir o mi jefa se va a encabronar.

El oficial de tránsito miró el autobús y notó que era de la línea Mexiquense, pasó saliva y con la cabeza le indicó al conductor que subiera. Silbó con fuerza y le ordenó moverse al taxista.

—¡Ni madres! No me quito hasta que me pague mi espejo ese escuincle.

—Avánceme, por favor, está deteniendo la circulación.

—¿Y mi espejo? ¿Tú me lo pagas?

—Avance o voy a tener que pedir una grúa.

—¿Cuánto te dio? —preguntó el taxista, cada vez más exaltado, mientras el camión retrocedía para esquivar al taxi.

—Tiene que mover su unidad o la voy a remitir al corralón.

—¡Bájate, pendejo! —le gritó el taxista al chofer del autobús que, al pasar a su lado, respondió con una mentada—. Pinche policía ratero, por eso estamos como estamos.

—Le voy a pedir que no me falte al respeto; yo soy la autoridad.

—¿Autoridad? Dejaste ir a ese mocoso.

—A ver, enséñame tu licencia —ordenó Joaquín con la respiración agitada.

—Éste es mi permiso —respondió el taxista con la mano en su entrepierna.

—¡Que me des tu licencia o te meto al bote! —el sudor volvió a perlar la frente del agente.

—¡Chinga tu madre, pinche tamarindo de mierda! —de un manotazo tiró la gorra de Joaquín. Trató de detenerlo pero la vista se le nubló, el conductor subió a su taxi y desde allí volvió a mentarle la madre.

Con pitidos apenas audibles detuvo un auto que casi pasa por encima de su gorra. Escuchó las risas nada discretas de transeúntes y conductores que presenciaron la escena. Se detuvo de un poste, mareado.

—No le vaya a dar algo, joven; tómeselo despacito —dijo la mujer del puesto parada a su lado con el refresco que Joaquín había dejado a medias minutos antes.

—Gracias, doña —contestó asombrado por la baja estatura de la señora. Su pelo entrecano y su menudo cuerpo le daban un semblante avejentado.

—Ya se me fue dos veces sin llevarse su cambio; aquí está —mostró la palma de su mano con unas monedas.

—Muchas gracias.

La sirena de la patrulla lo hizo dar un salto, entregó el envase del refresco y corrió a ver a su jefe.

—¿Qué hiciste, Sanabria?

—Nada, jefe, estaba pagando un refresco.

—No te hagas pendejo, ¿paraste a un Mexiquense?

—Ah, sí, mire...

—Mire, mire: ¡pendejo!

—Lo dejé ir, jefe, fue en lo que se identificaba.

—Ten mucho cuidado, Quino. Yo me enteré por otro lado, pero si la jefa se da color, te corren. ¿Estamos?

—Estamos, jefe.

—Mañana te vas al crucero de Alfredo del Mazo.

—No, jefe, deme otro.

—Si no es premio, cabrón. Allá te quiero ver mañana.

La noche cayó temprano en la ciudad, había una brisa que no terminaba por convertirse en lluvia. Joaquín miró aliviado el reloj. Guardó su silbato y avanzó para regresar a casa; dobló en la calle de Juárez y escuchó frenar a un autobús. Giró y observó a los curiosos amontonados, dudó en acudir, no se sentía bien y el día había sido demasiado pesado.

—¡Una ambulancia, llamen a una ambulancia! —gritó alguien.

Corrió al lugar; de su pantalón sacó el silbato y lo hizo sonar. Se abrió paso entre la gente y allí la descubrió. La señora del puesto había sido atropellada en su regreso a Xonacatlán. El agente miró su rostro descompuesto; su delgada cabellera se teñía con sangre. La gente enardecida, pues el autobús se había pasado el alto, detuvo al conductor. La mujer murió al instante. Joaquín se dirigió al chofer y lo reconoció. Los curiosos no dejaban que el agente se acercara al conductor de la línea Mexiquense, temerosos de que lo liberara. Sanabria, con el pecho inflamado y los ojos enardecidos, se acercó al joven que al verlo se tranquilizó. Antes de poder hablar, su sangre salpicó a uno de los espectadores; un par de dientes volaron al recibir el puño izquierdo del oficial de tránsito sobre su boca. Todo el estrés, toda la furia, todo el odio, todo el temor que tenía acumulado salió en ese golpe de su brazo hormigueante. Joaquín se sintió adormecido, el mareo volvió con

más fuerza y antes de ver a su jefe llegar en la escena, se desvaneció frente a los curiosos.

Golpe de suerte

Ríe todo el tiempo. Viste de naranja y, con su escoba, barre las hojas, el pasto y la basura. Se da tiempo de chulear a las chavas que pasan cerca. Es torpe, atrabancado y rudo, pero siempre tiene una broma para todos. Como él mismo dice, es bien cábula.

Anastasio llegó tarde al trabajo y no alcanzó a su flotilla. De castigo, su jefe lo mandó a limpiar los dos camellones del paseo Vicente Guerrero. *A todo dar*, piensa Tacho cuando equilibra su cuerpo en la orilla más angosta del prado. Mira a su izquierda y ve un parque donde personas de la tercera edad hacen ejercicio. Identifica a las chicas con licras que corren sudorosas; son pocas pero valen la pena. Distingue a una con un diminuto *short* a pesar del frío, ella sí, acompañada de un mastodonte musculoso que trota a menos de un metro. El tipo mira desafiante a todos los

hombres que se enajenan con las piernas de la chica. A ambos lados de Anastasio los carros circulan a gran velocidad. Por momentos se desequilibra; su escoba es una herramienta perfecta para mantenerse en pie. Mira ahora a su lado derecho y arquea las cejas con picardía al descubrir a las estudiantes que suben al cerro de Ciudad Universitaria. Su gesto cambia cuando ve al frente: el larguísimo camellón lo espera a él solo. “Ni modo, por huevón”, se dice, y empieza a barrer.

En la esquina de Paseo Universidad una miniván de lujo rechina las llantas al frenar. La camioneta evita golpear al Volkswagen que está parado en el alto y sube al camellón. Incrédulo, la ve avanzar hacia él, brinca a un lado y escucha un prrrrac. Todo se le pone negro.

—¿Estás bien? Discúlpame, por favor; no vi el alto. ¿Llamo a una ambulancia?

La gente se agrupa alrededor de Tacho que yace recostado sobre el pasto con la escoba empuñada, los ojos cerrados y la boca y nariz ensangrentadas.

—¡Qué buen madrazo! —se escucha antes de unas risas. El barrendero abre sus ojos enrojecidos.

—¿Te llevo a un hospital?

—No me muevan, no me muevan, no vaya a ser mi colucna —dice Anastasio. Los curiosos vuelven a reír.

—¡Cállense! ¿No ven que está atontado?

—No siento las piernas, ¡no siento las piernas! —grita Tacho.

—Tranquilo, seguro que estás bien; sólo fue un golpe.

—¿Sólo un golpe? ¡No mames! Me atropellaste —dice el barrendero antes de levantar la cabeza y descubrir las piernas de piel dorada

frente a él, el *short* lila y el top negro que se alcanza a ver por un hueco de la chamarra deportiva, la cinta lila que detiene su cabellera rubia, los lentes Ray-Ban que cubren lo que él imagina deben ser los ojos azules más azules que cualquier pitufo—. ¿Me morí?

—No, seguro que estás vivito y coleando —le responde la chica con una sonrisa que deja ver sus dientes blanquísimos y parejitos como de comercial. Tacho piensa que ni el mejor dentista ni la mejor pasta podrían lograr esa perfección.

—¿Qué pasó?

—Venía distraída, no vi el alto y para no chocar me subí al camellón. Por suerte te alcanzaste a quitar y sólo te pegué con mi retro en la cara. Te sale mucha sangre, ¿no te habrás roto la nariz?

—¿No me la habré? ¡Me la rompiste tú, güera!

—Discúlpame, de verdad; me siento pésimo. Te llevo al hospital, ¿va?

—Mejor con tu dentista, se ve que es muy chingón.

—Qué cosas dices. Mira, no traigo *efe*, pero aquí enfrente hay un cajero. Si quieres saco y te paso algo de dinero para que te atiendas.

—No, güera, no es cosa de varo, pero el chingadazo me atarantó mucho. No me vas a creer, pero antes no estaba tan feo ni tan güey; es tu culpa.

—¡Estás bien loquito! —dice entre risas—. ¿Qué hacemos? Neta, no te puedo dejar así, vamos aquí al *hospi* de enfrente, creo que la dueña es amiga de mi familia.

—No, ¿cómo crees? Ahí te va a salir bien caro. Además, igual y no me aceptan. Capaz que me mandan al antirrábico. Mejor vamos de volada a la Cruz Roja; no me deja de salir el mole.

—¡El mole!

La chica extiende su mano y, hasta ese momento, Anastasio suelta la escoba para sentir la piel de una mujer que de otro modo jamás habría rozado siquiera. Suben a la camioneta y el barrendero coloca su escoba en el asiento de atrás.

—A ver si no te hago un mugrerío entre la escoba y la sangre, pero si no me la llevo, me la cobran —dice Tacho y la chica sonrío divertida y asombrada.

—Me llamo Lorena —se presenta mientras avanza lento para volver a la calle—. ¿Y tú?

—Yo me llamo Tacho.

—¿Tacho?

—¿Está muy gacho?

—¿Cómo Tacho? ¡Nadie se llama Tacho!

—Bueno, en mi IFE no dice Tacho Rivadeneira Ilizaliturri, ¿verdad?

—¿¡Neta!?! ¿Así te apellidas? —pregunta Lorena.

—Te dije que eso no dice mi IFE. Me llamo Anastasio Chavolla Reza.

—No mames; estás *incre*.

El resto del trayecto, Anastasio hace reír a Lorena. Sostiene una franela sobre la nariz y no deja de ver las piernas de la chica. A ella, que siempre le han dado curiosidad las causas perdidas, le da buena vibra el barrendero y, además, se siente obligada a pagar su curación. Se estaciona para acompañarlo, aunque aclara que tiene prisa y que, cuando le digan cuánto debe pagar, se irá.

—¿Te está esperando tu galán? ¿A dónde se fue?

—¿Cuál galán? ¿De qué hablas?

—Te vi corriendo con él en el parque, uno acá bien mamá Dolores.

—¡Ni al caso! Es mi *trainer* y es bastante empalagoso y aburrido. ¡Todos son así, de hueva!

—¿Tu qué?

—Mi entrenador. Me da muchísima flojera correr en el club y a veces vamos a algún parque y así.

Un paramédico recibe a Anastasio. Entran a la sala de urgencias y Lorena se sienta en una banca. El barrendero gira antes de cerrar la puerta para verla. Acomodada sobre sus piernas en flor de loto, sube los lentes y le sonríe con el celular en la mano. Le guiña un ojo y le dice:

—Aquí te espero, Tacho —las piernas de Anastasio casi se doblan al escuchar esas palabras. Si no está muerto, seguro sueña o por lo menos todavía está atarantado.

Un médico demasiado joven limpia su rostro. Tiene el labio superior hinchado. Sus dientes un poco flojos y, por dentro, una pequeña herida sangra. La nariz no está rota, pero a la altura del tabique nasal, su piel se abrió. Es necesario curarla. Bajo sus ojos, una coloración amoratada se dibuja. Por higiene, le piden que se quite el uniforme naranja. Anastasio se queda con unos viejos jeans rotos de las rodillas y una camiseta sin mangas.

Al salir la encuentra en la misma posición. Sonríe clavada en la pantalla de su iPhone. El barrendero pensó que la banca estaría vacía.

—Hasta eso te voy a salir barato, Lore —ella levanta la vista y por primera vez lo ve diferente. Sus brazos gruesos y marcados sin llegar al exceso, su rostro duro, su barba apenas crecida. Sin

la hemorragia y sin el horrible naranja, Anastasio es una persona distinta.

—Órale, qué... qué bueno —dice, y sus dedos danzan frenéticos sobre la pantalla del celular.

—Son cuatrocientos pesos —interviene una enfermera.

—Me cae que no quisiera, Lorenita, pero ando bien bruja; nomás traigo lo de mi pasaje.

—No, ¿cómo crees? Fue mi culpa. Yo pago —responde y extiende su Mastercard platino.

—No, señorita. No tenemos terminal. Sólo efectivo —agrega la mujer de blanco.

—¿Neta? ¡Fail! ¿Dónde hay un cajero?

—Aquí en Colón hay varios bancos —contesta la mujer.

—Ni modo, Tacho. Te dejo empeñado un ratito; voy y vengo, ¿va? —la sonrisa más perfecta de Toluca vuelve a iluminar el entorno.

—Ya estás —responde el barrendero, y se sienta sobre la banca en la que Lorena estaba. Ella sale de prisa y Anastasio le mira las piernas, desde el piso hasta culminar en las nalgas que se marcan bajo el *short*. Ella lo descubre embobado en su trasero. Pone los puños en su cintura y mueve la cabeza de lado a lado como si desaprobara la acción. Al final sonrío de forma complaciente y luego se va. “¿Te cae de madres, pinche Tacho?”, se dice incrédulo. El sonido del celular lo hace brincar. Mira a su lado y se encuentra con la pantalla iluminada del teléfono de Lorena. Recorre con la vista cada sitio; no hay nadie cerca. El sonido vuelve a alertarlo. Pone sus codos sobre las rodillas, las manos bajo su mandíbula; un timbre más. Anastasio no resiste y lo toma, sólo puede ver las primeras palabras de cada mensaje sin desbloquearlo. Logra leer: “Te cae? Un

barrendero? Está...”. El siguiente mensaje dice: “Qué tan bueno...”. El último: “No mames, tienes un *crush* con...”. “¿Qué chingados es un *crush*?”, se pregunta.

Lorena vuelve contenta. Al pasar la puerta de cristal mira a Anastasio y agita dos billetes de doscientos pesos.

—Ya te vine a liberar.

—Qué chido, pensé que me ibas a dejar aquí planchado.

Salen del hospital en silencio. Lo hacen a paso lento, como si no quisieran llegar a la camioneta. Un par de metros antes se detienen para mirarse de frente.

—Listo, Tacho. Ya estás como nuevo.

—Me dejaste el hocico de Tin Tan.

—Hablas súper chistoso.

—¿Te puedo pedir algo, Lore? —pregunta Anastasio con voz distinta, sin el tiple del barrio. Ella abre aún más los ojos que no son azules, sino color miel.

—Sí, dime.

—¿Me pasas mi escoba?

La chica hace una cara de desilusión y después sonrío, baja la mirada y, antes de girar para abrir la puerta, Tacho la toma de ambas mejillas con sus manos rasposas sobre la piel más tersa del planeta, se acerca y con el labio inflamado toca los de Lorena. Ella se quita y el barrendero hace lo mismo; la suelta apenado. Está a punto de pedir perdón, pero Lorena avienta ambos brazos sobre el cuello de Anastasio, que por fin la toma de la cintura con firmeza. Ella se para de puntas y se funden en un beso largo, indeleble. Tras unos segundos se separan. No dicen nada. Ella abre la camioneta y le da su escoba; él le extiende el celular que antes había olvidado.

Agitan las manos para despedirse seguros de que nunca más se verán. Un par de horas después, la sonrisa sigue presente en sus rostros.

Meteorismo

Están sentados en la entrada a la tienda. Como siempre, Efraín del lado izquierdo. Cada uno tiene una caguama entre las piernas. No hablan; sólo beben. Raúl cubre su cabeza con la capucha de la sudadera y los ojos con unas gafas oscuras. Recargados mantienen una sonrisa, se miran y cada uno voltea al lado contrario para reír.

—Ya, güey. Mucha risa.

—Es que estás cabrón, carnal.

—¿Qué hubieras hecho tú?

—No sé, me cae que no sé —Efraín bebe de su cerveza.

—¿A poco no se te antoja?

—¡Claro! Pero pues yo la hubiera pensado más.

—¿Pensar qué? ¡No mames, Efra!

—¿Cómo que qué? Lino es nuestro compa.

—¡El tuyo, güey!

—Siempre te hace paros cuando necesitas varo.

—Y luego no deja de cobrarme.

—¡Pero nunca le pagas!

—Bueno, ya. No te conté para que me echaras un sermón.

Una señora entra a la tienda y Efraín se levanta para atenderla. Minutos después sale a la calle, se despide del tendero cuando Raúl eructa, ella lo mira con asco y se da media vuelta.

—¡Respetar a mis clientes!

—Perdón, carnal. Me cae que se me escapó. No fue a propósito.

—Ya ni la chingas —Efraín se sienta junto a su amigo—. ¡Futa! ¿Qué tragaste? ¡Apesta a madres!

—Oh, chingá.

—Y qué, ¿cómo estuvo?

—Ya ves, pinche morbosos. Mucho regaño pero bien que quieres saber.

—Si a eso viniste; no te hagas.

—Me cae que fue sin querer. Fui a ver lo de una chamba, ahí en Tollocan, cerca de Colón.

—Y seguro te batearon.

—No estamos hablando de eso. ¿Me vas a dejar seguir?

—Raúl da otro trago antes de continuar—. Venía de regreso y ahí la vi, afuera del Hospital del Niño, y me acerqué a saludarla.

—Qué educado.

—¡Claro! Me dijo que estaba allí por su sobrino que se había puesto malo de las anginas o algo así. Se quedó a dormir con el niño porque su hermana tenía que trabajar en la noche. Y como ya venía para acá, le dije que nos viniéramos.

—¿Así de directo?

—No mames, que nos regresáramos juntos, pues. La neta le traía ganas desde hace mucho. Tú sabes que desde antes de que Lino se apuntara yo estaba sobres.

—Pues sí, pero preferiste tumbarle la vieja al Gil.

—¡Neta! Pinche Marianita —dice entre risas.

—¿Y luego?

—Pues eso le dije, que ella sabía qué transa desde morros, y ya sabes: “No sé de qué me hablas, yo no me acuerdo de eso”, ¡purás jaladas!

—¿Tan rápido?

—No se puede ser serio contigo. El caso es que, unas cuardas después, íbamos tan entrados en la plática que nos cruzamos sin fijarnos —Efraín hace un intento por decir algo, pero Raúl se le adelanta—. ¡La calle! Nos cruzamos la calle sin fijarnos. Por poco se le lleva un carro. Alcancé a detenerla con el brazo. ¿Ves que es bien chaparrita? pues le puse la mano en una chichi.

—Sin querer...

—¡Te lo juro! La cosa es que no la quité. El carro se fue y los dos nos quedamos viendo para enfrente, tiesos, yo con mi mano en su pecho.

Apartado informativo

A lo largo del órgano hay dos cámaras, también conocidas como cuerpos cavernosos. Éstas son cubiertas por una túnica albugínea. Entonces un tejido esponjoso llena las cámaras para poder atrapar la sangre y así lograr una erección.

—¡Pinche Rul! ¿Y no dijo nada?

—Nada, carnal. Una señora venía con unos chavitos hacia nosotros y le quité la mano. Como que ahí ya le dio pena porque se atravesó de volada. Caminó más rápido hasta que la alcancé. Que la jalo del brazo y cuando volteó, le planté un beso de esos chidos. Metí la mano bajo su blusa, en la espalda, y sentí cómo se me pegó.

—¡Qué chido! —exclama Efraín, emocionado.— ¿Y luego?

—Eso ya no es apto para menores.

—No seas payaso.

—Ya ves que allí hay unos baños públicos. Se resistió, carnal, con trabajos la convencí. Nos metimos a un vapor de esos individuales. Ahí fue cuando empezó con que Lino era mi amigo, que qué iba a pensar, que nunca había hecho nada así, ya sabes. Total que ya para que se callara le volví a dar unos besotes y de repente se desguanzó. Así, blandita, echó la cabeza para atrás. Con calma le desabroché botón por botón de la blusa. Se asomó su sosten, rojo, de encaje. Sin prisas, porque ya con los años uno aprende a controlarse, le bajé un tirante, luego el otro, sin descubrirla por completo, y...

—¿Tiene leche? —pregunta un niño con cejas de azotador y uniforme de primaria.

—¡Un chingo! —contesta Efraín.

—Quiero un litro, de la semidescremada, ah, y unos Cheetos.

Fastidiado el tendero se levanta para entregarle al niño lo que pide y regresar a su lugar.

—Ya me voy —dice Raúl después de beber lo que quedaba de cerveza.

—¡No friegues! ¿Ya no me vas a contar?

—Ya te conté. Ni modo que te platique con pelos y señas.

—Pero ¿qué pasó después?

—Ya sabes, pinche suerte que tengo, salimos de los baños y pasó Rufo, el hermano de Lino. De volada le fue con el chisme. No me di cuenta cuando llegó. Me agarró sabroso el primer trancazo; mira —Raúl se quita las gafas y muestra el ojo inflamado.

Apartado informativo

Tras una contusión, los vasos capilares se rompen, esto hace que una hemorragia interna se produzca, si la piel no se abre, la sangre queda acumulada y así se produce un hematoma, conocido vulgarmente como moretón.

—No era para menos. Espérate; ya casi viene mi vieja. Nos vamos a echar una torta ahogada para curártela y me platicas lo demás.

—Pero saca otra chela, ¿no?

Al poco tiempo Marcia llega a la tienda, acalorada; saluda a ambos que siguen bajo el sol con sus cervezas. Efraín y ella se ponen de acuerdo sobre lo que tiene que pedir a los repartidores. De pronto, Raúl se levanta como impulsado por algo.

—¡Pinche Efra! Eres un cerdo —le grita entre risas.

Marcia y Efraín lo miran alejarse sin entender hasta que un fétido olor los alcanza.

—¡Que asco! —reclama la mujer antes de entrar a la tienda.

Apartado informativo

El secreto de una buena torta ahogada radica en la salsa. La carne de cerdo debe ser maciza, de preferencia. El virote salado se abre, pero no

en su totalidad. El caldillo está compuesto por jitomate, cebolla, agua, orégano y sal al gusto. La salsa picante debe hacerse con chile de árbol, vinagre, agua y sal. En muchos lugares del país se acostumbra comer este platillo para combatir la resaca. Está comprobado que físicamente no ayuda; al contrario, perjudica por ser tan irritante. En Toluca se acostumbra ofrecer el picante en porcentajes, es decir: veinticinco, cincuenta, setenta y cinco y cien por ciento. O bien, se puede pedir una torta “al gusto”, lo que implica servirla sólo con el caldillo y el comensal pone la cantidad que apetezca de picante.

—Te pasaste, pinche apestoso —reclama Efraín al entrar a las Tortas Ahogadas Tapatías.

—Se me salió, carnal. Ni modo que dejes que tu señora piense que tu amigo es un cochino.

—No, mejor que piense que soy yo, ¿no?

—Oh, ya, no es para tanto. Yo voy a querer una al doscientos.

—Llega hasta el cien.

—No, la salsa del cien la calientan más y pica el doble. También quiero una tostada.

Apartado informativo

Además de las tortas ahogadas, suelen venderse tostadas; están preparadas con la misma carne y salsa, sólo que van montadas en una tortilla frita, cubierta por una capa de frijoles y una cama de col, también conocida como repollo.

—Y qué, ¿valió la pena el trancazo?

—¿La neta? No. O sea, no te voy a decir que no estuvo bueno, pero es medio tiesa. No la arma.

—¡Chale! Se ve tan sabrosa. ¿Y Lino?

—Me mandó al diablo. Dijo que no me madreaba más porque ya me la cobraría otro, o algo así.

—Es que sí te pasaste. ¿Quién crees que te la vaya a cobrar? —pregunta Efraín antes de limpiarse el escurrimiento nasal.

—Lo dijo de ardido y por puñal... ¿Te acuerdas de Paty?

—¿Paty? No, güey.

—¿Cómo no? ¡Paty! La señora de Fausto.

—¿La morena?

—¡Ésa!

—No friegues... ¿También?

—Sí, carnal —sonríe mientras levanta la mano para pedir otra tostada.

—Tú no entiendes. Igual y él te la va a cobrar, ¿no?

—No, ni quién se las huela.

—¿Cómo sabes que no lo dijo por eso Lino?

—Ya me hubiera madreado, tiene más de un año que me la tiro. Ella, para que veas, sí vale unos buenos trancazos como el que me dio Lino. ¡Si te contara!

—¿Qué?, ¿sí la arma? —pregunta Efraín con un brillo de curiosidad en los ojos.

—¿No te digo? Eres bien morboso.

—Para qué empiezas, entonces. Ya me tengo que ir; Marcia va a ver a su mamá que anda enferma. ¿Vas a ir al dominó?

—Nel. ¿Qué tal si llega el pinche Lino a hacerla de tos?

—No seas puñal. ¿Para qué haces cosas que no?

—No, yo paso. Ya que se enfríe la cosa, regreso.

—Eso es lo malo, que no se te enfría la cosa.

Apartado informativo

Se desconoce el origen exacto del juego de fichas conocido como dominó. Si bien se cree que nació en China, no está documentado. Hay escritos que lo mencionan en el año 1600. Sin embargo, como lo conocemos en la actualidad, podría haber sido creado en Italia. Es un juego donde la capacidad para contar y planear la estrategia para deshacerse de las fichas y entorpecer el juego del rival es fundamental.

Tras dos horas de azotar fichas sobre la mesa de lámina, Lino aparece. Jala una silla y se sienta junto a Efraín que, por reflejo, cubre su juego.

—Los mirones son de palo.

—Yo no estoy jugando, Efra. Además, ya sabes que soy derecho.

—Es que ya la traigo atravesada, no gano una.

—Así es la suerte, de rachas. ¿Y tu compa?

—¿Cuál? —pregunta con alivio al acostar la mula de seis que parecía ahorcarse.

—Cómo que cuál, el Rul. ¿No va a venir?

—Creo que no, ¿por?

—¿No te contó?

—No. ¡Carajo! —exclama al ver perdido su juego.

—Siempre tan discreto.

Efraín concentrado en la sopa no se percata de la entrada de Fausto. El ruido de las fichas sobre la mesa impide escuchar lo que platican.

—Órale, en éste me recupero —dice al tomar sus fichas.

—Deberías hablarle.

—¿A quién?

—Pues a tu compa. Dile que venga.

—¡No estés chingando, Lino! Si quieres partirle la madre otra vez, búscaló tú.

—No, por mí ya quedó. Ya le canté que no seré yo quien se la cobre.

—Lo mismo va para Fausto —ambos se miran y asienten.

—Bueno, ya te dije que yo soy derecho. Si no quieres hablarle, por lo menos deberías darte una vuelta por tu casa.

—¿Por mi casa? ¿Por qué? —Lino se encoge de hombros y lo mira salir disparado.

Las tres cuadras que separan a su casa de la cantina Efraín las recorrió en menos de un minuto.

—¡Flaca! —grita apenas entra a la casa.

—¿Efra? ¿Eres tú? —pregunta Marcia desde la habitación de arriba.

—¿Quién más? ¿O esperas a alguien?

—Cómo crees —responde mientras sube despacio las escaleras.

La puerta de su habitación está entreabierta. Se acerca sigiloso para escuchar, detenido por unos segundos. Nada. No hay ningún sonido. Abre de golpe y ve a Marcia recostada, en posición fetal. Camina hacia ella y la destapa.

—¿Qué hacías? —pregunta al acercarse.

—Nada. Bueno, lo que pasa es que me duele mucho la panza; creo que algo me cayó mal —Efraín le toca la frente.

—¿Por qué estás tan caliente?

—¿Cómo que por qué? ¡Te digo que me siento mal! Debo tener calentura.

—¿De verdad?

—¡Pues sí! ¿Qué te traes? Estás bien raro.

—Bueno, es que... No, no pasa nada. ¿Qué te duele?

—El estómago, tengo náuseas.

—¿Ya te tomaste algo?

—No encontré nada; veme a comprar una pastilla a la farmacia, ¿no?

—Sí, flaca. Ahorita voy —un aroma fétido flota por la habitación.

Efraín mira a su mujer sorprendido. Trata de no hacer ningún gesto de desagrado pese al olor nauseabundo.

—Voy por tu pastilla, flaca —el rostro de Marcia se descompone al percibir el olor.

—Sí, córrele.

En un profundo acto de amor, Efraín jala aire para aguantar la respiración y besa a su mujer.

En ese momento, como las trompetas que habrán de anunciar el apocalipsis, desde el viejo ropero, una estruendosa flatulencia derrumba su felicidad.

—¡Hijo de tu pinche madre! —grita hacia el mueble que se abre abruptamente. Raúl corre en calzones a la escalera.

—Me cae que no fue en mal pedo, carnal —le dice, y alcanza a esquivar el primer golpe al pasar junto a su amigo. Le da la espalda y, un segundo antes de tocar el escalón, la pierna fuerte

y avispada de Efraín lo zancadillea, en una barrida como las de los domingos.

Raúl trastabilla y el siguiente escalón lo recibe con una costilla, otro con la frente. Rueda hasta llegar inconsciente a la planta baja. Efraín desciende con cuidado. El cuerpo desmadejado de Raúl está a los pies de la escalera. Un ruido lo hace mirar hacia la puerta, hay dos siluetas en el umbral. Lino y Fausto se acercan para ver el hilo de sangre que emerge de la cabeza del hombre que los tres odian.

—¡Qué bruto! Se cayó solito —dice Fausto.

—Ni hablar, mano, los accidentes pasan. Nosotros vimos que tú no tuviste nada que ver —agrega Lino mientras le da una palmada en la espalda al desconcertado Efraín.

—¿Qué hiciste? —pregunta Marcia desde la parte de arriba.

Los tres la miran al mismo tiempo. Ella asiente y regresa a su cama en silencio, lista para olvidar lo que pasó.

Apartado informativo

Algunos de los alimentos que más gases producen son el repollo, la cebolla, los lácteos, frijoles, alimentos fritos y las bebidas con gas, entre otros.

A la distensión abdominal provocada por la excesiva acumulación y producción de gases en el tracto intestinal se le conoce médicamente como meteorismo.

Diablo

I

Los dedos maltratados de Miguel intentan encender un cerillo. Hace mucho tiempo que se acostumbró al olor del lugar. El viento apaga la llama del fósforo, lo tira al piso antes de buscar uno nuevo. Una sombra pasa a sus pies; la raya negra recorre el callejón a gran velocidad. No se inmuta, sólo la sigue con la mirada. Es una rata que se pierde entre un costal de harina. Su cola se agita. Una pequeña nube se forma sobre ella. Esa harina podría servir para hacer un pastel. El próximo domingo cumplirá cuarenta años; quiere festejarlo con una copa, aunque sabe que una fiesta no es posible. No hay dinero y quizá ya nadie recordará el día en que nació. Miguel se queda con la vista fija

en lo poco que alcanza a ver del roedor hasta que un chiflido lo hace parpadear.

—¡Ése! Te salió cliente, ¡córrele!

Se pone de pie y toma su diablo. Miguel trabaja en el mercado Juárez desde que era atiborrado los viernes por compradores, ladrones, vendedores y otros, como él, que sólo cargan las compras de los demás. Hace tiempo que el gobierno reubicó el tianguis que por más de un siglo se ha realizado el mismo día de la semana. Así, el Juárez se volvió un mercado como cualquier otro. Ahora, fuera de la ciudad, es donde ríos de gente hacen sus compras. La mayoría de los cargadores se fueron hacia el nuevo sitio, Miguel no. Tira del diablo y camina de prisa; se abre paso entre los pocos compradores. Unos metros antes de cruzar frente a la panadería, endurece la mirada y la fija en el piso. Pasa tan rápido como puede sin ver a Irma. Ella, con una charola metálica que contiene dos conchas, una dona y siete bolillos, lo mira sin perder la cuenta de lo que mete en el papel marrón. Pasa saliva al verlo alejarse y entrega la bolsa para cobrar. Un año antes, Irma era la única que recordaba el cumpleaños de Miguel. Siempre, en esa fecha, llegaba con un pan o un pastel para celebrarlo. Eso fue antes. Él ya no la mira siquiera.

II

Miguel fuma en el callejón. Hay desperdicios por todos lados: verduras, frutas, semillas, papeles, envases, bolsas de plástico, todo lo que sobra afuera de un mercado. En cuclillas, recargado sobre la

pared, la mira llegar. Se para frente a él y sonrío. Miguel se levanta y exhala el humo antes de besarla. Brusco, la aprieta contra su cuerpo, Irma lo separa con trabajo.

—Huele horrible.

—Estuve cargando todo el día, ¿cómo esperas que huela?

—No lo digo por ti, es este pinche lugar... Apesta.

—¿Segura que es por el callejón?

—Claro, tú no hueles mal. Te tengo una sorpresa para mañana.

—No me gustan las sorpresas.

—Ay, qué payaso, Migue, es tu cumpleaños. Te va a gustar.

—Mejor dime qué es.

Irma le da la espalda y niega con la cabeza. Miguel pone las manos en su cintura y la pega hacia él; ella las baja lentamente hacia su pubis, cuando un grito los interrumpe:

—¡Irma!, te habla don Cruz, tiene mucha gente y no hay quien cobre —Gaspar está a unos metros, en la boca del callejón. Con la cabeza tapada, cubierto de harina, muestra en el rostro un gesto de molestia.

—Dile que ahorita va —interviene Miguel.

—No, no, ya voy —agrega Irma.

—No estés chingando, Gaspar. ¡Llégale!

—Yo nomás cumpla órdenes; me dijo que la llevara de volada.

Irma se libera de las manos de Miguel, aún agitada.

—Te va a gustar tu sorpresa; te lo prometo —le dice, y corre hasta donde el panadero la espera; Ambos se van sin voltear a ver a Miguel, que vuelve a fumar.

III

La gente que lleva años yendo al mercado conoce la personalidad de Miguel. Es serio, mal encarado y brusco para hablar, pero siempre educado y eficiente. Gracias a eso se ha ganado la confianza de muchos clientes. Tal es el caso de la señora Millán, una viuda de sesenta años quien todos los lunes y jueves asiste a comprar fruta, recaudo, carne y todo lo necesario para alimentar a su familia. Cada que se despide del cargador le regala una bendición. Miguel siempre la agradece: agacha la cabeza y levanta un poco el puño en el que aprieta las monedas que ella le paga. La señora Millán habitualmente pone hasta arriba de sus compras algunos objetos y su bolsa o cartera.

—Buenos días, ¿cómo estás, Miguel?

—Buenos días. Aquí, como siempre.

—Vamos por mi fruta y después por la verdura —la mujer se adelanta unos pasos. Él la sigue con el diablito aún descargado.

—¿Supiste que le robaron a doña Car? La del negocio de aquí enfrente.

—...

—Se metieron a robar dos muchachos, con navajas, se llevaron todo lo de la nómina y la venta del día, que no era mucho. Ya nadie vende bien por aquí, ¿verdad?

—Verdad.

La mujer tarda unos minutos en el puesto de fruta, le da a Miguel la mitad de un mango que el hombre que atiende le ofreció poco antes. Con el diablillo más pesado recorren los pasillos. Cada tanto, la mujer saluda a alguien, se detiene para conversar un

poco y sigue adelante. Adrián, uno de los últimos en entrar a trabajar al mercado, le hace una broma al cargador cuando se cruzan por un pasillo; él responde con un silbido.

—Dicen que fue alguien que conoce bien el movimiento, los ladrones sabían cuánto dinero tenían. ¿Tú crees?

—Así pasa, doña.

—Ya no se puede confiar en nadie, Miguel. Sospechan de un empleado del banco, el que recibe el depósito de la nómina cada semana. Pero ¿cómo le comprueban algo?

—No, no hay modo.

—Pues no. Pero parece que se llevaron un buen dinero. ¡Que mejor se pongan a trabajar!

Ahora la escala está en el puesto de verduras. La vendedora es una mujer que habla sin parar.

—¿Ya se enteró, marchantita? Le robaron a doña Car.

—Justo eso platicaba con Miguel. ¿Dónde vamos a parar, marchanta?

—Ya no está uno seguro en ningún lado. Aquí también ha pasado, asaltan a la gente en la calle. A ver, ¿cómo saben quién lleva dinero?

—¡Ay, no me diga! No me espante.

—No, marchantita, no es para espantarla, al contrario, es para que se cuide —la mujer, al tiempo que limpia con un cuchillo bien afilado unos nopales, dirige su mirada indiscreta a Miguel. Él le sostiene la vista, serio.

—Miguel es de confianza, marchanta.

—Yo no digo lo contrario, pero hay que estar atentas a todos. No lo digo por Miguel, ¿cómo cree?

IV

La navaja rasga su piel. Una gota de sangre parece inflarse sobre su barba. Miguel respira y pasa de nuevo el rastrillo por el mismo lugar. Se ducha, como siempre, con agua fría en plena madrugada toluqueña. Camina hasta el mercado entre la niebla que se ilumina por momentos ante el paso de algún autobús. Saluda con un silbido. Deja su ropa de calle y viste la de trabajo. Desencadena su diablo y sale al pasillo a esperar que haya clientes. Irma está allí, detenida, con el pelo aún mojado y los ojos un tanto hinchados por la hora.

—¡Mira! —le dice emocionada, y atrás de ella aparecen un pan de elote con una vela y una jarra de café caliente. Miguel sonríe.—
¡Feliz cumple!

—Gracias.

—¿De qué? No creas que ésta es tu sorpresa, esto sólo es para desayunar.

—Con esto basta, ya te dije que no me gustan las sorpresas.

—No seas amargado; te va a gustar, pero necesitas hacerme caso —le indica Irma mientras le sirve un vaso de café.

—Tengo que trabajar.

—Ya lo sé, prueba el pan.

—¿Lo hizo Gaspar?

—¡Claro que no! Lo hice yo, anda, Pruébalo.

—Sólo un pedacito.

—Cuando termines de trabajar, te espero en la panadería. Tienes que entrar por la parte de atrás, no hay bronca; ya hablé con don Cruz y me dio permiso.

—Si el panadero empieza a chingar le voy...

—¡Ya! Él no está a esa hora; hoy termina temprano y se va antes de que cerremos la panadería. ¿Te espero? —pregunta un segundo antes de besar los labios de Miguel.

Cuando va a responder, Carlos, otro cargador, pasa con cuatro costales de harina sobre su diablo. Toma sin detenerse un trozo del pan que Irma preparó.

—Le queda bien bueno al Gasparín este pan, ¿no, Maik? —dice burlón.

V

El cargador mantiene el gesto endurecido, con la vista en la boca imparable de la verdulera. Brinca de pronto cuando Carlos le agarra las nalgas y le dice algún albur. Ahora la mirada pesada se dirige al diablero que, a pesar del tiempo de conocerse, no ha entendido que esas bromas no son para él.

—Qué grosero —dice la señora Millán.

—No es grosería, marchantita, así se llevan estos muchachos; él es mi hijo, Carlos.

—Discúlpeme, yo en todo el tiempo que llevo de venir nunca he visto que Miguel se lleve así con nadie.

—Es que él es muy serio, sobre todo desde lo de Irma, ¿verdad, Miguel?

—Siempre he sido así.

—¿Quién es Irma? —pregunta intrigada la señora Millán.

—¿No le ha contado nada Miguel? —interroga con un gesto exagerado de sorpresa.

—No tengo por qué —responde el cargador.

La señora Millán nota la incomodidad de su ayudante. Cambia de tema y apresura a la vendedora. Una vez que paga, se despide apenas para avanzar. Miguel la sigue cabizbajo.

Están por salir del pasillo que conduce a la calle y una mujer entra desesperada. Grita. La gente se detiene alrededor de ella. La señora Millán no es la excepción; se abre paso entre los curiosos y llega hasta la chica que llora incontrolable.

VI

Duda antes de tirar el alambre que libera la cerradura. Todo el día había tenido una sensación de vacío, de nerviosismo, una parecida a la que siente cada fin de semana antes del silbatazo. Pese a eso, abre la puerta. En el patio de tierra está una perra recién parida que alimenta a sus cachorros. La hembra muestra los colmillos y gruñe. Miguel no se detiene. Mueve la cortina que tapaba el umbral de la puerta y entra a un cuarto. Sobre el sillón sucio descubre un regalo.

—¿Irma? —levanta la voz. No responde. Intenta a tomar el regalo cuando algo parecido a un lamento se escucha detrás de la puerta del baño.

—Ahorita salgo —dice ella entre sollozos.

—¿Qué te pasa?

—Nada, ya voy —Miguel trata de abrir—. ¡No entres! Ya salgo.

Decide no esperar más y empuja la puerta de golpe. Irma está desaliñada, frente al espejo, sin blusa y con el sostén mal puesto. El resto de su ropa en el piso.

—¿Qué pasó? ¿Estabas con alguien?

—No, te lo juro.

Miguel levanta la blusa, la extiende y el maldito polvo blanco flota como si nevara en el desierto. Ella trataba de lavar su rostro, tenía el rímel corrido. En el pantalón había marcas de harina.

—¿Dónde está Gaspar? —pregunta antes de correr a la calle, sin escuchar lo que Irma grita.

VII

—¿Qué pasó, hija?

—¡Me robaron, me robaron, señora!

—¡Ay, hija! ¿Estás bien?

—Sí, pude soltarme y correr.

—¿Qué te quitaron? ¿Viste quién fue?

—No, señora, traía la cara tapada. Se quedó con mi bolsa, y si no logro huir, no sé que hubiera pasado... Me metió mano.

—¡Dios mío! ¿Hasta dónde hemos llegado? ¿Alguien vio algo?

Curiosos y trabajadores del mercado se miran unos a otros; nadie dice nada. Miguel sostiene el diablo con las compras de la señora. En la parte superior, la bolsa de la mujer. Callado, se mantiene impávido hasta que vuelve a sentir la mano de Carlos sobre sus nalgas. Esta vez la reacción de Miguel es rápida y toma la muñeca de quien lo tocó, con fuerza y a punto de darle un puñetazo en la cara. Carlos cierra los ojos y se inclina hacia atrás, un segundo antes del golpe, Miguel lo suelta para verlo alejarse. Gira al otro lado y descubre a Adrián junto a él, sin perder detalle

de todo lo que pasa y demasiado próximo a la bolsa de la señora Millán.

—¡Vámonos, Miguel! Voy a llevar a esta pobre niña a su casa; está muy asustada.

Caminan en silencio, la mujer abre la puerta a la chica para que suba a la camioneta, el cargador mira su falda ajustada y negra, algo le llama la atención y su estómago se revuelve.

VIII

Lo primero que nota Miguel es la mano del panadero que toca su entrepierna. Hay diminutos golpes eléctricos que recorren desde su pecho hasta sus puños apretados. Tiene los ojos inyectados de sangre y los oídos ensordecidos. El ruido de los camiones, de los autos, de la gente; la música que revienta las bocinas de los puestos, los vendedores que gritan sus ofertas, todo desaparece. Sólo el rostro abstraído de Gaspar se mantiene presente.

La mochila vuela antes de caer a unos pasos de su dueño. Con la fuerza del golpe, el panadero casi da una vuelta hacia atrás. Desconcertado, trata de levantarse; Miguel lo impide con una patada que le sacude el cerebro y lo hace recostarse de lado. Está a punto de golpearlo sin misericordia, con el diablo rebosando sus venas. Irma lo toma de un brazo, le ruega que se detenga, que la escuche. Miguel la mira, tiene mil cosas que decir y, como siempre, calla. Sólo hace una pregunta.

—¿Lo vas a defender?

—¡Sí! ¡Déjalo! —suplica con un llanto que le roba la voz.

—¡Vete a la mierda! —le dice antes de caminar.

—¡Eres un idiota! —grita mientras le tira una cachetada desde la más desoladora impotencia. Él la recibe sin intentar esquivarla. La mira sin reconocerla, respira con furia y la toma con sus dedos callosos del cuello para ejercer una leve presión que la llena de terror. De pronto la suelta y la deja caer. Todo regresa: los olores, los gritos de la gente a su alrededor, los colores, el sabor amargo en su boca, el tacto al recibir el primer golpe en su frente y al sentir el peso de los policías que caen sobre él para amagarlo.

Gaspar nunca regresó a la panadería. Irma no habló más con él. Miguel pasó unos días en la cárcel y después volvió a la rutina entre murmullos, chismes y burlas. Ahora habla sólo cuando es necesario.

IX

Se pueden distinguir las manos blancuzcas sobre la cadera de la chica. Con lágrimas en los ojos sube a la camioneta. Él acomoda las compras en la cajuela, recibe la bendición de una consternada señora Millán y dos monedas de cinco pesos.

Finaliza el día y, tras encadenar el diablito, Miguel entra al baño. Frente al mingitorio orina. Con los ojos cerrados, concentrado en la sensación de alivio, no se percata cuando el hombre que vende fruta entra al baño.

—Está ruda la cosa, ¿no, Miguel? —el cargador abre los ojos para responder.

—Simón, está dura.

—Oh, güey, sin alburear. Me refiero a los robos.

—Yo también, pero ya ves lo que dicen: el que hambre tiene, en pan piensa.

—¡Chale! Se ve que al que le gusta el pan es a ti. ¿Qué?, ¿ya regresaste con Irma?

—¿Cómo? ¿De qué hablas? —el cargador se vuelve hacia el de la fruta, amenazante.

—¡Tranquilo, Maik! Lo digo porque traes las nalgas llenas de harina, cal, algo así. No es en mala onda.

X

Unos metros adelante, Irma camina de la mano de un chico. En la acera de enfrente, Miguel lo hace sigiloso. Llegan al portal donde él solía despedirse. Los ve abrazarse, el chico le acaricia la mejilla y después la besa por unos segundos. Otro abrazo y sigue su camino; ella entra a la vecindad. Miguel pisa el cigarrillo y alcanza a ver que de la alcantarilla sale una rata y se pierde entre los autos estacionados. Acelera el paso para alcanzarla antes de que entre a su vivienda.

—Espérate, quiero hablar contigo.

—No tenemos nada de que hablar.

Miguel siente que algo termina por deshacerse dentro de él: Irma le teme.

—Por favor, sólo quiero preguntarte algo. No voy a hacerte nada, te lo juro.

—¿Qué quieres saber, Miguel?

—¿No estabas con Gaspar ese día, verdad? —le pregunta y trata de tomarla con suavidad de los brazos. — ¿No te acostaste con él?

Ella se separa, da unos pasos hacia atrás, su rostro se entristece, hay lágrimas que, sin salir de sus ojos, brillan.

—Tú no quisiste escucharme... Yo no quería estar con nadie más que contigo. No estuve con él, y menos quería... No quería —la voz se vuelve ronca, lastimera. Corre hacia su casa. Miguel la sigue.

XI

Carlos fuma sentado sobre unas cajas. Ve cómo Adrián guarda su diablito. El celular reproduce una canción de banda. Miguel entra en silencio y, con la palma de su mano, golpea con toda su fuerza la nuca de Carlos. Su cigarro vuela.

—¡Aguanta, no mames! —dice mientras se soba el golpe—. No es para tanto, ya no te vuelvo a tortear, me cae.

—Aguanta, madres, güey.

—No seas manchado —interviene Adrián, que se acerca.

—Manchados ustedes, hijos de la chingada.

—¿Qué traes?

—No se hagan pendejos, ustedes son los rateros.

—¿Y a ti qué? —dice Carlos mientras se soba.

La respuesta de Miguel es un nuevo impacto, ahora directo al tabique nasal de Carlos, que cae noqueado. Adrián pega con su puño en el pómulo de Miguel, pero éste, con habilidad, devuelve de inmediato el golpe. Le da un puñetazo tras otro, hasta que ambos contrincantes quedan vencidos.

—¿Ustedes le robaron a doña Car?

—No, güey. ¡Ya estuvo! —gimotea Carlos.

—No le digas a la tira; ahí muere.

—Cáiganse.

—¿Cómo? —pregunta Adrián con el párpado destrozado.

—Que me den lo que le bajaron a la chava de hoy.

—¡No mames!

—¿Traigo a la policía?

—Ya suéltale el varo, güey —suplica Carlos.

—¿Eso es todo? —pregunta Miguel con cinco billetes de quinientos pesos en la mano.

—Es todo lo que traía.

—¿Y lo de doña Car?

—¡No te pases de pendejo!

—Yo ya me chingué mi parte, la neta; ahí muere ya —suplica Carlos.

—¿Y tú qué, pinche Adrián?

—Yo no te voy a dar ni madres.

Unos golpes después, Adrián entrega todo lo que tiene guardado del asalto. Miguel se va deprisa. Sabe que las cosas no se quedarán así, que ambos buscarán venganza. El ser tan reservado le permitió que nadie supiera dónde vivía. Los siguientes días no regresó al mercado.

XII

—Le digo que no, marchanta, cuando asaltaron a la chica, Miguel estaba conmigo.

—¿Y por qué no ha venido?

—Algo le habrá pasado, Dios lo ayude.

—No, marchantita, para mí que sí tiene que ver. Hasta golpeó a mi hijo y a otro muchacho. Mi Carlitos todavía anda con un parche en la nariz, por ahí lo va a ver al pobre.

—¿Está segura que Miguel los golpeó?

—¿Por qué me iba a mentir mi hijo, marchanta?

—Ojalá que todo se aclare.

Sin nadie que le ayude, la señora Millán compra menos de lo habitual. Por primera vez, hay escasez de cargadores en el mercado Juárez. Sale con dificultad y cuando baja las cosas para abrir la camioneta, un hombre con la cara cubierta le arrebató la bolsa y escapa. Grita. Nadie hace nada.

Epílogo

Uno sobre otro, Carlos apila los costales de harina ante la mirada de don Cruz. Sabe que está hartó del descuido con el que deja los bultos que casi siempre rompe. Se despide de él y mira dentro de la panadería. El viejo le obstruye la vista con su cuerpo, con el mango de la .38 asomado sobre su cinturón.

—Te la pasé una vez y fue por tu mamá, ya no le busques —le dice al cargador que levanta las manos en señal de inocencia. Se va al mercado y, tras encadenar su diablo, sale por el callejón. Lleva todavía un enorme parche sobre la nariz y los ojos amoratados. Camina por atrás de la terminal de autobuses. Dobla en la esquina de siempre y sonrío al verla. Se acerca mientras camina ahora con

pasos lentos, orgullosos. “¿No que no tronabas, pistolita?”, dice en voz baja a un par de metros de Irma. La va a tocar cuando el cañón de una pistola se posa firme a mitad de su espalda. Los dedos maltratados de Miguel aprietan su garganta. Como siempre, de pocas palabras, sólo le dice un seco:

—Caite —Irma recoge todo lo que Carlos robó a la señora Millán y a otras personas, después da la vuelta y se aleja. Aún así alcanza a escuchar el cuerpo caer como un costal. Uno que, minutos más tarde, las ratas cubrirán.

Frases hechas

A mí no me gusta leer, no esos libros de historias. He leído algunos que tienen que ver con mi chamba y últimamente se me ha hecho hábito leer frases célebres. No siempre me aprendo el autor y nunca sé en qué libro viene o cuándo la dijo. La verdad es que a nadie le importa. Tú sueltas la frase con seguridad y todos te responden: “Qué bonita”, “Eso es muy cierto”, “Nunca lo había pensado”, cosas así. La que ahora viene a mi mente es una de Flaubert. La leí en Facebook y es perfecta para el momento: “Es necesario siempre esperar cuando se está desesperado, y dudar cuando se espera”. Es que la espera es algo con lo que no puedo. Yo soy más de acción, de proceder. Los segundos que ha tardado el Chaquiras en entregarme mis papas me resultan eternos. Admito que la preparación es todo un rito para el chavo

de pelos radicales, necios y estoicos, siempre erguidos. Pone con detenimiento las dos o tres hojuelas de papa que alcanza a tomar con las pinzas para meterlas en la bolsa de plástico. “Las más doraditas”, le recuerdo, porque son las que me gustan; luego el limón derrama sus agrias lágrimas casi invisibles sobre ellas. Al final ¡y al fin!, la salsa de chilaca escurre como sangre que tiñe el objeto de mi deseo. Ya sólo diez pesos me separan del primer bocado. Se los entrego y, antes de que truene una con mis dientes, suena el maldito timbre de la primaria. Apuro los bocados, ya intranquilo, por no poder comer mi botana de mediodía y entro a la escuela.

—Ya, a ver, vamos a hacer una fila. Ya, niños, les estoy hablando. Se forman todos aquí. ¡Les estoy hablando! —nada. Como siempre: corren, gritan, se pelean, platican, hacen cosas inimaginables antes de prestarme atención. Tomo el silbato y soplo con fuerza—. Todos, como las ratas de Hamelin al flautista —eso lo aprendí de una canción—, me obedecen enseguida.

Se paran en una fila frente a mí, con su playera deportiva blanca, o por lo menos al inicio del día blanca. Me miran hasta que uno de los niños, con la nariz adornada de mocos secos, suelta:

—El profe se comió unas papas y no nos guardó.

Me sorprende. Antes de que todos llegaran al patio, ya había terminado y me había deshecho de la bolsa, no sin antes beberme lo que quedaba de salsa.

—¿Quién te dijo? —pregunto intrigado.

—¡Pues tiene toda la boca roja por el chile! —responde bur-lón; todos ríen.

—Y tú tienes la nariz llena de mocos —le contesto.

Me limpio con una servilleta; él hace lo mismo con sus dedos. Los organizo para que hagamos dos equipos. Ser maestro de Educación Física y además entrenador del equipo de fútbol es una responsabilidad muy grande, al menos así lo tomo yo. Como dice la frase: “No es el trabajo lo que envilece, es la ociosidad”. Eso lo dijo... Mmm... ¿Hesidio? ¿Hesíodo? Uno de éstos de la antigüedad. Con esa frase siempre queda uno bien en los Consejos Técnicos de cada mes. Organizo a los dos mejores para que hagan los equipos. Regularmente los últimos en ser elegidos son los peores para jugar. También puede resultar que los últimos sean los que menos amigos tienen. Es el caso de Gabriel, un chico pelirrojo, motivo suficiente para llamar la atención en una escuela donde la mayoría somos morenos. Además, es muy buen jugador, sólo que hosco: no se lleva con nadie. Los de su equipo hacen al unísono una exclamación de decepción al recibirlo. Él no se inmuta; se para hasta atrás del grupo y sin hablar ocupa su lugar en el patio.

Gabriel me preocupa. Yo, a su edad, era el caso opuesto: un muy mal jugador con muy buenos amigos. Siempre era el primero o el segundo en ser elegido. Así me acostumbré a jugar. En la casa de mis papás a nadie le gustaba el fútbol; con el tiempo le agarré gusto. Hoy, además de ser una forma de ganarme la vida, también lo es de divertirme, con otro equipo. A los diez u once años, lo que más me gustaba era cuando terminaba el partido: todos íbamos por un refresco y una bolsa de papas callejeras. A mi mamá nunca le gustó que yo comiera eso y trataba, sin éxito, de evitarlo. Un tiempo dejó de darme dinero para gastar en el recreo. Terminé endeudado con un montón de amigos y paperos de la escuela; al

final ella pagó todo y se resignó. Por suerte siempre hice mucho ejercicio y no engordé nunca. Fui un niño muy popular. Antes era algo importante, pero no vital. Hoy parece una condición indispensable para todos los niños. Tener la mayor cantidad de amigos en sus redes sociales (sin que sea necesario conocerlos en realidad), o tener el número más alto de *likes* en lo que publican es un tema primordial. Imagino que Gabriel debe padecer esto. No se meten con él porque no lo permite; eso me gusta. Una vez otro niño le reclamó una jugada; el pelirrojo no dijo nada, lo alcanzó y le dio una patada que hubiera merecido tarjeta roja y entrada directa al tutelar de menores. Sentí un gusto enorme, pero claro, la jugada tenía que ser castigada. Lo mandé a la banca sin reprenderlo. “A mis amigos: justicia y gracia; a mis enemigos: justicia a secas”, decía Benito Juárez. Ésa se la aprendí al director que, si se toma dos o tres copas, es a todo dar; sobrio es bastante payaso. Al final, yo me llevo bien con todos en la escuela. Hasta con la maestra Betty, que no soporta a nadie; conmigo siempre es muy buena persona.

Me he puesto como meta no comer más de una bolsa de papas al día. Hay que cumplir el domingo, debo estar al cien. Al salir, veo a los chicos jugar en el terreno baldío frente a la escuela. Me siento en la banqueta y evito voltear hacia el Chaquiras. Los autos se detienen y por momentos me impiden ver el partido. Como imaginé, Gabriel no juega. Es probable que ya hayan ido por él, nunca he visto a su familia. Me pongo de pie y, por esquivar a mi proveedor de papas, me voy en sentido opuesto al habitual. Al girar la calle encuentro a Gabriel recargado en la pared, con la mochila colgada hacia el frente, las manos atrás y su cara hacia el sol que enrojece más sus cabellos; tiene los ojos cerrados.

—¿Vienen por ti? —le pregunto.

—Sí —responde sin abrir los ojos.

—¿Tu papá?

—No, mi mamá.

—Juegas muy bien, Gabriel, pero debes tratar de ser más abierto con los otros chicos.

—No me gusta el futbol —se encoge de hombros.

—Pero eres muy bueno. Además, el deporte es también para divertirse —le toco el brazo y él por fin abre los ojos. Están llorosos—. ¿Te sientes bien?

Una camioneta blanca se detiene.

—Gab, vámonos —escucho la voz de una mujer.

—Buenas tardes, soy Ricardo García, el maestro de Educación Física de Gabriel —ella me mira con seriedad.

—Buenas tardes, profesor. ¡Qué bueno que lo encuentro! Si no le molesta, me gustaría hablar con usted unos segundos.

—Por supuesto, no hay ningún problema. “Hay más tiempo que vida”, dicen por ahí.

—Gab, por favor, sube a la camioneta; ahora vuelvo.

La mujer desciende. Usa un *pants*, de esos que son para todo menos para hacer ejercicio. Lleva el pelo recogido y un tanto graso. Es joven y atractiva.

—Dígame, ¿en qué le puedo ayudar? —pregunto mientras caminamos a unos metros de la camioneta.

—Me gustaría saber cómo ve a Gab.

—Bien, es un buen chico. Un poco tímido.

—¿Tímido? Él no es así, tiene muchos amigos.

—¿Aquí?

—Supongo, en el club tiene muchos amigos.

—¿Cuál club?

—El club al que vamos... íbamos a hacer ejercicio.

—Perdón, no tenía idea. Aquí Gabriel es muy serio; no tiene muchos amigos.

—Qué raro. Es que estoy preocupada. Quería mucho a su equipo de futbol y ahora se rehúsa a ir al club... Su papá y yo nos separamos. Yo no puedo pagar eso y el muy cabrón... Perdón, discúlpeme, por favor.

—No, no se preocupe.

—Bueno, pues su padre no quiere pagar mi cuota, pero Gab puede seguir yendo.

—Entonces, sí le gusta el fut.

—¿Que si le gusta? ¡Ama el futbol! Creo que el divorcio le afectó mucho.

—Sospecho que sí, aunque él siempre ha sido aquí muy callado. Últimamente ha estado de mal humor. Antes de que usted llegara me dijo que no le gustaba jugar.

—No sé cómo ayudarlo —dijo con los ojos idénticos a los de su hijo, a punto de llorar.

—Son cosas que pasan, señora.

—Melisa, Mel, me dicen todos. No me gusta eso de señora. Gabriel no deja de tocar el claxon.

—Ha estado muy raro desde hace tiempo. Ya no quiere ver a sus amigos.

—Supongo que es un proceso normal.

La bocina no deja de sonar. Nos despedimos y yo sigo mi camino. Antes de llegar al paradero del autobús, el Chaquiras me

rebasa, empuja un carrito con la fruta prohibida, o mejor dicho, el tubérculo.

“Nadie nos advirtió que extrañar es el costo que tienen los buenos momentos”. Es la primera frase que aparece en mi pantalla al abrir Facebook. Por supuesto, es de Benedetti. Uno de los escritores que sí se rifan. Tengo tantas de sus frases anotadas que hasta me voy a animar a leer un libro suyo. En mi muro, siempre que aparecen fotos que le mientan la madre al América se ganan un *like*; a las frases profundas también les doy *like*; comparto todas las fotos de niños perdidos, secuestradores, rateros y también algunas de santos que dan buena suerte. Creo que no estorban. A muchos de mis cuates no les gustan las cadenas. Que las ignoren y ya. Yo las envío en buena onda, para desear lo mejor. Dicen que en un centro comercial se están robando a los niños; eso sí me prende. Si yo tuviera enfrente a uno de esos cabrones, lo reventaba a trancazos. No puedo imaginarme que a alguno de mis alumnos, con todo y lo canijos que son, lo secuestren; debe ser de la fregada. A Gabriel sería lo más gacho que podría pasarle, más que el divorcio de sus papás. Como dicen, “No hay lugar como el hogar”. Trato de dormir.

—Gabriel, hoy tú eliges equipo junto a Nacho

Las caras de todos los niños se descomponen. Con señas nada discretas piden a Nacho que los elija y hacen muecas de desagrado al ser nombrados por el pelirrojo. El partido avanza con regularidad, entre gritos y desorden, y yo acomodo en la cancha a cada uno. Siempre corren todos hacia el balón; hacen un amontonamiento y un festín de patadas cada minuto. Gabriel no interviene: si le cae la pelota, se desprende de ella al instante. Lo tomo del brazo y lo hago caminar conmigo.

—¿Por qué no juegas?

—No me gusta el fútbol —contesta con la mirada en el piso.

—¿No? Ayer tu mamá me dijo lo contrario, además eres muy bueno. ¿Por qué no quieres?

—Ya no me gusta el fútbol; no quiero jugar.

—Se me hace que lo que no te gusta es jugar aquí. Prefieres tu club con tus amiguitos fresas.

—No, no es eso.

—¿Entonces? —pregunto arrepentido.

—Nada —sé que quiere decir algo y no se atreve—. Ya voy a jugar.

—¡Eso! Recuerda que “Lo que no te mata, te hace más fuerte”.

Gabriel corre de una forma rara. Se apodera del balón, dribla, centra, marca goles, recibe patadas, las regresa. Después de veinte minutos bajo el rayo del sol, Gabriel cae sin meter las manos. Su cabeza retumba en el cemento del patio. Todos guardan silencio. Trato de reanimarlo; no responde. Mando a otro niño a buscar ayuda. Antes de que vuelvan, abre los ojos. En el centro de su frente, le crece un chipote.

—¿Estás bien?

—Sí —se toca y arquea las cejas al sentir el chichón.

—Hay que hablar a una ambulancia —dice la maestra Betty que, pese a su lento andar, es la primera en llegar.

—No tiene nada, sólo el golpe, le damos una aspirina y ya —agrega el director para restar importancia.

—Si se desmayó fue por algo, director. Mejor le hablamos a sus papás y que lo lleven a revisar —respondo.

—Aquí debería haber una enfermera, por lo menos.

—Debería, pero no hay, maestra Betty. Si le hablamos a los papás van a hacer un escándalo. ¿Te lo avientas tú, profe?

—Si no hay de otra... Además, se pegó muy fuerte en la cabeza. Puede tener una conmoción —le aclaro.

—No, no le hablen a mis papás; ya estoy bien. Sólo quiero irme a la sombra; tengo mucho calor —interviene Gabriel.

—¿Ya ven? Fue por el calor. Llévalo a la biblioteca, profe. Dale un refresco y que se quede un rato allí. Los demás que regresen a su salón —ordena el director.

¿Un refresco? Este tipo no sabe nada. Le compro un Gatorade y me siento junto a Gabriel. No habla. Mira los libros que hay en la habitación acondicionada como biblioteca. Se ve muy pálido.

—¿Te sientes mejor? —le paso una bolsa con hielo para que lo ponga en su frente.

—Sí, fue el calor.

—Si sientes mareo o ganas de vomitar me dices, ¿está bien?

—Ok, profe. ¿Usted lee mucho, verdad?

—“La lectura es a la mente, lo que el ejercicio al cuerpo” —respondo con una frase que no aplico ni recuerdo dónde escuché.

—A mí me gustaría leer, pero mi papá dice que eso es para viejas.

—Bueno, quizá tu papá lo dice de broma. Siempre es bueno leer.

—No, a él sólo le gusta el futbol y el box. Todo lo demás es de viejas.

—El fut y el box a mí me gustan mucho, pero también me gusta leer.

—Profe...

—¿Sí?

—Me siento mal.

—¿Qué sientes?

No responde. Abre la boca y vomita.

La ambulancia y su mamá llegan al mismo tiempo. Melisa me mira después de ver a Gabriel, ya consciente y con la inflamación en la frente. Camina hacia mí y voy a su encuentro. Quiero explicarle pero el director se adelanta. Se desvive en justificaciones, la abruma con disculpas. Ella no deja de verme. Un paramédico le indica que tiene que subir a la ambulancia con su hijo, lo hace y se van.

—Esas cosas pasan; son niños, ¿qué no? —me dice el Chaquiras parado a mi lado, con la bolsa de papas lista.

—Sí, pero se siente uno como culpable... No, hoy no quiero.

—Oh, ¡échatelas! Son cortesía de la casa, para el susto.

Me siento intranquilo. Entro al hospital y pregunto por Gabriel.

—Está en revisión —me responden.

No veo a su mamá. Me acomodo en la sala de espera. Miro mis manos, en el borde de las uñas hay una delgada línea roja, mi pulgar tiene otra mancha. La salsa de chile chilaca es la más sabrosa, pero siempre deja su huella. Tendré que ir al baño para lavarme las manos. Levanto la vista y veo a una mujer con su celular dirigido a mí. El flash me hace parpadear.

—¿Me tomó una foto?

La mujer me mira con odio. No recuerdo haberla visto antes. Da media vuelta y camina al fondo del pasillo. La sigo y ahí veo a la mamá de Gabriel, deshecha.

—Señora... perdón, Melisa, ¿está bien Gabriel?

Ella se derrumba en una silla, me acerco y un par de guardias del hospital me detienen de los hombros. Forcejamos y me llevan a la calle.

—¿Qué pasó? ¿Le pasó algo a Gabriel? ¿Está bien?

Regreso a casa aún más preocupado. Desconcertado. “La incertidumbre es una margarita cuyos pétalos no se terminan jamás de deshojar”. Ésa sí sé de quién es, de Vargas Llosa. Paso horas con la mirada fija en mi fotografía; tenía más o menos la misma edad de Gabriel y tengo puesta la camiseta del Toluca, sonrío. Tomo el celular y abro mi Facebook.

En un municipio cercano a Ciudad de México, atraparon a dos delincuentes, los vecinos casi los linchan: *like*. Qué bueno que les den su merecido, pinches ratas.

Un viejito está perdido; no recuerda su nombre. Si alguien tiene datos de sus familiares se les pide que ayuden: compartir. Ojalá alguien lo conozca.

Un gato molesta a un perro: nada. No me gustan esos videos. Lo vuelvo a poner; está chistoso.

“Mirar a tu mamá y pensar, ¿qué sería yo sin esta mujer?”. Pues *like*, la jefa es la jefa.

Maestro abusa de un alumno en Toluca: ¡ah, cabrón! Abro la nota y un tsunami sangriento se produce en mi cabeza al ver mi rostro. Estoy sentado en la sala de espera del hospital. En la primera fotografía miro las uñas de mis manos, con las piernas abiertas, desparramado en la banca y el *pants* de la escuela levantado hasta las pantorrillas. En la segunda, miro con el ceño marcado a la cámara. En la última, salgo de espaldas; forcejeo con los guardias de seguridad.

“¿Cuál abuso?”, pregunto en voz alta. Salgo de la nota y vuelvo a mi muro; reviso: se ha compartido ya diecisiete veces. “¡Carajo!”, el número aumenta cada que actualizo. Sudo. Hay un comentario: “Desgraciado, ojalá lo refundan en la cárcel. Ya lo compartí”.

El periódico local que difunde la noticia no da datos, no está mi nombre ni el de Gabriel, sólo las fotos. En la última, se ve con claridad el *pants* de la escuela.

Una notificación nueva, es un mensaje privado.

Güey, ¿qué pasó? Estás en las noticias de Facebook, dicen que abusaste de un chavito. ¿Estás bien? ¿Te detuvieron?

No contesto. Así se amontonan los mensajes. Mi teléfono suena; mi cara está en Twitter. Alguien que me conoce suelta mi nombre. Otro, con un perfil anónimo dice que es mi vecino, que sabe dónde vivo. “Vamos a romperle la madre”, dicen varios comentarios. Alguien toca a la puerta. No respondo. Insisten. Una voz:

—Profe, ábreme —es el director.

—¿Cómo estás? —pregunta en cuanto entra.

—¿Cómo voy a estar? No sé de dónde salió eso. Yo le juro que nunca...

—Ya lo sé, ya lo sé. No te preocupes. Todo fue un malentendido.

—¡Pues claro!

—Cuando revisaron a Gabriel por el golpe lo notaron raro. Vieron algunos moretones en sus brazos, le hicieron preguntas y se puso muy nervioso. Empezó a llorar y se dieron cuenta de que habían abusado de él.

—¿Y yo qué?

—Le preguntaron a la madre con quién había estado. Dijo que contigo en la biblioteca, así asumió que tú habías sido.

— ¡Qué poca madre!

— Ya lo sé. La hermana subió la foto a Facebook y ya sabes cómo son esas cosas. En cuanto Gabriel se tranquilizó, dijo quién lo había hecho: un tipo del club al que iban. Lo tenían amenazado. Era jefe de su papá o algo así. Por eso no te denunciaron. Están muy apenados todos. Gabriel te aprecia.

— ¿Apenados? Mire —le muestro el celular, la noticia se ha compartido más de cien veces. Hay cuarenta y dos mensajes. En mi perfil hay amenazas, insultos.

— No sé qué decirte, profe: “Al mal tiempo buena cara”. Todo pasará. Estas cosas se riegan y se olvidan rápido. Voy a exigirles que den una disculpa pública, por el mismo medio, incluso en el periódico, para limpiar tu imagen. No te preocupes, nos vemos mañana.

Me da una palmada en la espalda y sale de mi departamento. No duermo esa noche.

Bajo del autobús con el peso de las miradas sobre mí. Camino hacia la escuela como si fuera vigilado. En la primera hora, el director llama a todos los grupos al centro del patio. En su discurso aclara que yo no he hecho nada y que soy una persona intachable. Advierte que cualquier comentario o burla será castigado y todos vuelven a sus actividades, a sus vidas. Algo ha cambiado para mí. No sé si son los demás o soy yo: todo lo veo diferente.

En el receso salgo de la escuela, la calle está vacía. Miro hacia la esquina y veo al Chaquiras. Voy hacia él y mueve la cabeza de lado a lado. Toma su carrito y se va; me da la espalda. Me detengo. Saco el celular y, por fin, encuentro la disculpa pública donde me han etiquetado. Fue puesta dos horas antes. En este momento tiene un

like y se ha compartido una vez (ambas acciones las hice yo). “Caras vemos, corazones no sabemos”. Cierro Facebook para siempre.

Los dos crímenes de Manuel

Manuel

Frente a él, la televisión. La nota roja en que se han convertido los noticieros riega sangre sobre la pantalla. Desde el tercer piso ve con claridad el Xinantécatl. El volcán no está desnudo; viste metros y metros de lacerante blancura donde la gente se pierde, muchos para no regresar. La cuchara gira lento, provoca un leve oleaje de leche. Las hojuelas del cereal se deshacen. Sus pies descalzos y doloridos descansan en el piso. Otra vez será un día nublado. Faltan veinte minutos para que Liz y Rubén entren a la escuela cuando se sientan a desayunar. Ambos portan de mala forma el uniforme: arrugado, con manchas, el suéter del pequeño está puesto al revés. Manuel se levanta y mira su cuarto; aún no sale la noche de allí. Cambia el

canal y revuelve el pelo de Rubén. Prepara unos huevos para que los niños desayunen. Trata de arreglarlos un poco.

—Me pongo la camisa y nos vamos; no dejen la leche —les dice al entrar a su recámara. En la cama, bajo una montaña sin nieve, Ximena duerme—. Ya nos vamos —dice Manuel antes de azotar el cajón del tocador. Ella da un salto.

—¡Me espantaste!

—Nos vemos más tarde.

—No, espérate, ahorita les preparo algo para desayunar —Ximena habla sin moverse.

—Ya desayunamos. No se te olvide pedir el gas; desde ayer se acabó. El dinero está sobre la mesa.

—No, lo pido en un rato... Te amo.

Liz duerme con la frente sobre la mesa. Rubén tiene leche en todo el contorno de la boca y un trozo de telera remojado en la mano. Su papá les ordena que se laven, pero ellos corren a la habitación y se recuestan sobre Ximena; los abraza.

—¡Vámonos! Ya es muy tarde.

—Ay, déjalos. No pasa nada si llegan un poquito después.

—No los van a dejar entrar y tengo que trabajar. ¡Vámonos!

Los niños miran enojados a Manuel, él hace lo mismo a Ximena.

Alma

Se quita los zapatos y pega los pies lo más que puede a la base de las hornillas. Los tiene entumidos. Hojea una revista de chismes,

sin interés. Cruza las piernas y tensa los muslos. Respira profundo reclinada en la silla. La revista descansa ahora sobre su busto. Parece que pronto lloverá y eso hará que las ventas bajen. Los ojos cerrados y el deseo despierto. Alguien entra y ella busca su calzado. Después de saludar, muestra los guisados listos para ser cubiertos por una tortilla o un pan, lo que el cliente prefiera. Prepara un par de tacos y se vuelve a sentar.

La última vez que vio a Manuel fue un par de meses atrás. Sabe que volverá. Con las manos recorre la piel de sus brazos, el calor que eso provoca le sienta bien. Sonríe. En su mente, está desnuda con la vista fija en la ciudad; desde el mirador más alto observa sus calles vacías. Allí no hace frío, menos cuando Manuel se acerca con su aliento cálido, cuando las yemas de sus dedos rozan sus pezones, cuando...

—¡Mamá! Te habla la señora. ¿Que cuánto debe?

—¡Ay, perdón! Me quedé dormida. ¿Acabas de llegar? —pregunta al buscar un zapato que quedó más lejos que el otro. Cobra los tacos—. A ver, enséñame las manos.

—No empieces, mamá.

—¡Ven para acá! —los nudillos del adolescente están ensangrentados—. ¿Otra vez?

—Pues me buscan, ¿qué voy a hacer? ¿Dejarme?

—Yo no sé por qué carajo saliste tan peleonero. Yo no te eduqué así.

—Mi papá me dijo que no me deje de nadie y eso hago. Si no, luego te traen de bajada.

—Tu papá... Bueno salió para dar consejos. ¿No te dijo que me ayudarás? ¿Que estudiaras bien? ¿Por qué para eso no le haces caso? Valiente padre te tocó. ¿Hace cuánto que no se aparece?

David

Todavía tiemblan sus manos, las frota y arroja vaho sobre ellas. Cruza la calle sin fijarse y un auto le toca el claxon. Él sigue sin inmutarse. Abre las puertas y lo primero que hace es acercarse a la pared; escupe. Una de las últimas cantinas de antes que sobrevive en Toluca está encarnada en el ombligo de la ciudad. Con un escupidero, con un mingitorio sin paredes a lado de la barra, con vasos pequeños de vidrio, con cubas de poco hielo y casi nada de refresco. David tiene la boca pastosa y la garganta cerrada por el tabaco. Su cabeza late con más fuerza que su corazón.

—Prepárame algo para la cruda —le suplica al barman. Toma la botella de anís y otras más y le prepara una piedra.

—¿A qué hora le paraste?

—No sé, ¿a qué hora me fui de aquí? —pregunta David con cinismo.

—Cuando cerré, como siempre. ¿Traes dinero?

—Traigo. No hay bronca. Tú sírveme.

Todas las tardes pasa por allí para tomar una copa, o varias. Los últimos días permanece hasta que el cantinero lo corre. Lo estima y no se mete con él. Atrincherado en su barra lo ve derramar horas de su vida. David es un tipo tranquilo y amable que con el alcohol libera los odios y rencores, los dolores. Hay un momento en que se abre una puerta y los sentimientos salen embravecidos como un toro de lidia; a puerta gayola los recibe quien se encuentre a su lado esa noche. El hombre se transforma y se vuelve violento.

La recuerda. Todas las noches, las que enloquece y las que no, la recuerda. Extraña su cuerpo. La desea quizá más que cuando

estaban juntos. Por eso algunas veces se desvía tambaleante en el regreso a su casa. Sube por la calle empinada, desierta y mal iluminada. Enciende un cigarro y mira la puerta que no se abre. Al menos, ya sobrio, cree que eso sucedió la noche anterior. No tiene la certeza: el alcohol confunde los recuerdos. Se aferra a no girar con el mundo asido a la fotografía en su puño. Aún se pueden ver los rostros.

Ximena

La casa está en silencio. El camión llega a sus rodillas, el resto de sus piernas se ven pálidas, con un leve tono azuloso. Tiembla de frío. Lleva puesto un suéter enorme de lana. Las manos rodean la taza de café que ya no suelta vapor. Tiene la mirada fija en el televisor apagado. El volumen estridente con que una pipa de gas se anuncia la regresa a la realidad. Sobre la mesa están los trastes sucios de un par de días. “Los voy a lavar”, dice en voz baja. Vuelve a mirar el televisor.

Sus labios se ven amoratados bajo el chorro de agua helada. Cierra la llave después de unos segundos. Toma una toalla húmeda para cubrirse y se sienta en el retrete. Exprime su pelo y las gotas caen al piso, junto a las manchas secas de la orina de Rubén.

Desde la ventana mira a la gente caminar bajo ella. Hay niños con sus madres de vuelta de la escuela. Autos que avanzan despacio por el pesado tránsito. Hay asfalto... Mucho lugar vacío... Abre la ventana y mira directamente al piso. Respira agitada. Cierra los ojos y cuando los vuelve a abrir encuentra los rostros de sus hijos. La ven extrañados desde la banqueta.

—¡Mamá, ábrenos! —le gritan. Una lágrima cae desde el tercer piso hasta el zapato de Liz. Ella no lo nota.

La cantina

—¡Ya, Ximena! ¡Reacciona! ¿Qué te pasa? Nos está llevando el carajo, ¿no te das cuenta? —Manuel habla y golpea el volante del taxi; aprieta el celular—. ¡Putá madre! Claro que sí, si no te amara no me importaría. Ya te dije que te amo, pero no ayudas. No pones de tu parte; no sé qué te pasa. ¿No te importo? ¿No te importan los niños? ¡Contéstame, carajo!

Estaciona el auto frente a la cantina; a esa hora no hay grúa que se lo lleve pese a estar en lugar prohibido. Entra al bar, sólo hay una mesa con cinco tipos y un hombre dormido en la barra. Se acerca.

—Ya estoy por cerrar, señor.

—No pienso quedarme mucho tiempo, sólo quiero una copa o dos. ¿Hay problema? —responde Manuel al sentarse junto al desmayado David.

—Ninguno, patrón. ¿Qué le sirvo?

—Una cuba, no tan cargada, no quiero terminar como el señor —Manuel ladea la cabeza hacia el borracho de la barra.

—Para terminar así necesitas más de dos cubas, amigo —responde David con voz arrastrada y aún adormilado.

—Lo siento, no era mi intención.

—No pasa nada, ¿crees que no sé cómo me veo? No hay bronca, hombre.

—¿Me permite invitarle una copa? No quise molestarlo.

David lo mira con dificultad. Piensa unos segundos, luego sonrío y asiente. El cantinero pone un vaso nuevo que rellena sólo con ron.

—Dicen que uno desperdicia la vida así, ¿tú crees? Por andar en la peda.

—Cada quien, yo no me meto en eso —responde Manuel.

—Alguna opinión tendrás, ¿no? —pregunta y levanta la voz.

—No empieces, David. Si te vas a poner así, mejor llégale. El señor está tranquilo con su copa.

—No pasa nada, no me ofendió.

—¿Entonces? ¿Tienes opinión?

—Sí. Pienso que cada quien es libre de matarse como y cuando quiera.

—¡Así es! —David aplaude con fuerza—. Bien dicho, mi amigo. ¡Eres un chingón! Así son los cabrones, los inteligentes, pues. Andan muy calladitos, como que no quieren opinar, y de repente, ¡mocos! Te sueltan la neta así, de huevos. Debes de ser muy bueno para las viejas.

—¿Para las viejas?

—Sí, ¿a poco no? A ver, ¿en qué la giras? Espérate, no me digas... ¿Maestro? No, ni madres, un profe hubiera usado muchas palabras para decir lo que tú. Aguanta, aguanta... ¿Ruletero? ¡A huevo! ¿Sí o no?

—Sí, soy taxista —responde Manuel con una sonrisa de sorpresa.

—La pura sabiduría, mi amigo. Los taxistas saben de la vida, ¿o no? Se enteran de todo. Te digo, tú has de ser bien cabrón para las viejas.

—¿Por qué?

—Pues no estás tan feo como yo, se ve que haces ejercicio y luego con tus frases acá... ¡Qué marineros ni qué la chingada! Los ruleteros son los que tienen una vieja en cada colonia.

—Ojalá —contesta Manuel antes de beber—. Yo no. No es para mí. Estoy casado.

—No hablo de esposas, me refiero a coger. A poco si se te presenta una mujer así, guapa, cachonda, ¿no le entras?

—No... Bueno, no sé.

—¿Nunca le has puesto los cuernos a tu señora? ¿Cuánto llevan juntos?

—Doce años.

—¿Doce? ¡Son un chingo! No me digas que en tanto tiempo no te has echado ni un detallito.

—Bueno. Algunas veces. Nada serio.

—El puro disfrute.

—Exacto. Nomás para lo que es y ya.

—Te digo. A mí no me falla; se te ve lo cabrón. ¿Y está buena? Tu segundo frente. ¿Sí aguanta?

—Dos tres.

—¿Chavilla?

—No, es más grande que yo, pero tiene lo suyo —Manuel ríe y vuelve a beber.

—¿Soltera?

—Eso dice.

—Eres un chingón, mano. Oye, ¿y qué le dices a tu señora cuando vas a verla en las noches? —el taxista lo mira extrañado—. Supongo que vas de noche, ¿no? Cuando ya su chavo se durmió.

Seguro te estacionas afuera de su casa y bien madres tocas el claxon para que ella salga.

—¿Cómo sabes?

—No me digas, güey, no me digas. Seguro hay veces que sólo vas por un rapidín y ni siquiera avanzas unos metros. ¿No? Te quedas ahí bien chingón con las manos en la cabeza.

—¿Quién eres?

El cantinero, al escuchar que levantan la voz, se acerca. David trata de irse sobre Manuel; el barman logra detenerlo por la espalda. El taxista sigue impávido. Sacan a David a empujones.

—¿Cuánto le debo? —pregunta todavía nervioso.

—No se vaya ahorita, señor. David se pone muy necio y seguro lo espera afuera, se le pasa rápido. Tómese otra y, antes de irse, yo reviso que ya no esté. Ya estaba muy borracho; seguro se va en un ratito.

Quince minutos más tarde, Manuel abre la portezuela no sin antes mirar hacia ambos lados. Sube al taxi y, cuando lo va a arrancar, descubre el parabrisas roto, con la sangre del puño de David.

La noche

En el suelo se plasman apenas unas gotas de sangre que al día siguiente serán pisadas por la gente. Sus nudillos no dejan de gotear. Se detiene una calle antes, en la más oscura. Las luces de una patrulla pasan lento, suben hacia el Calvario. Aguanta hasta que no las ve más y vomita. El amargo sabor escurre por sus labios. Tose. El

cerro es pequeño y él también se siente así. Su estómago se vuelve a contraer y una nueva marejada de vómito sale expulsada con fuerza. Un auto se acerca. Sube rápido por la calle. David reconoce el parabrisas estrellado.

Alma está recostada. Ve una película sin prestarle atención. Rueda hacia el espacio vacío de su cama y se queda bocabajo. Sus manos descienden, como la lluvia en las montañas que libra los obstáculos del terreno. Se meten bajo el pantalón que usa para dormir. No lleva ropa interior. Levanta un poco la cadera y abre las piernas lo suficiente para dejar pasar su mano. Se toca. Escucha el claxon del taxi y sonrío. Salta de la cama para tomar un abrigo. Sale de su habitación y mira la de su hijo, con la luz apagada y en silencio.

Al instante en que se abre la puerta, Manuel recibe una llamada: es Ximena. Alma se acerca contenta y a paso rápido al taxi. Por la ventana, el adolescente mira a su madre abandonar la casa una vez más. El teléfono suena. En la pantalla aparece la fotografía de los cuatro, felices en un día soleado. Alma está a punto de tomar la manija cuando Manuel baja los seguros del auto. Ella trata de abrir. El celular se ilumina. Alma ríe, pues piensa que es una broma.

—Hace un chingo de frío —le dice. Él pone reversa al auto y sale de la calle cerrada. Ella lo ve alejarse. Da la vuelta y, con lágrimas, regresa a su casa. Entra y su hijo la espera de pie.

—Voy a matar a ese pendejo —dice antes de salir apresurado. Tiene la boca seca, escupe al piso algo amarillento. Camina a paso lento. Jadea por la subida. Un paso más y encuentra el taxi que se acomoda para salir en el sentido contrario al que David camina.

—Hijo de puta —trata de gritar sin aliento. El taxi se aleja. Escucha unos pasos; le cuesta trabajo reconocer al adolescente en que se ha convertido su hijo, pero ambos se sonríen. Avanza al centro de la calle. Una luz que crece a gran velocidad bajo sus pies llama su atención. Su sombra se vuelve gigante en segundos y luego un impacto lo hace volar. No alcanzó a escuchar el rechinado de las llantas del auto que lo embistió por la espalda. El chico grita al ver volar a su padre. Corre desesperado. El auto que atropelló a David avanza en reversa. Golpea la pared de una casa y huye cuesta abajo. El adolescente lo ve huir.

Apenas da la vuelta, Manuel se detiene a unos metros. No alcanzó a responder la llamada antes y ahora marca desesperado.

—Contesta, carajo. ¡Contesta!

No responde. Vuelve a marcar. La grabación entra otra vez. De pronto escucha la sirena de una ambulancia que sube a toda velocidad, en sentido contrario. Manuel la ve pasar y vuelve a marcar el teléfono. No hay respuesta. Una nueva sirena. Las luces de una patrulla destellan en la noche. Se detiene junto a su taxi. Son dos los policías que bajan del auto.

—Haga el favor de salir del vehículo —le dice uno de ellos.

—¿Por qué? Yo no hice nada.

—¿Ya viste el parabrisas, pareja? —dice el otro al tiempo que, con su linterna, ilumina la sangre brillante de David; los uniformados sonríen.

Abren la puerta violentos y lo someten. Su teléfono cae al piso. Ninguno alcanza a escuchar la voz débil de Ximena.

La madrugada

—Gracias —le dice Manuel al chico que aprieta los puños con toda su fuerza. Una de sus costras se abre. Sangra.

—Tú no fuiste, no tienes por qué pagar por eso. Mi hijo vio el carro que atropelló a su papá.

—Alma, tú sabes que...

—Déjalo, no quiero escuchar nada más de ti. Vete con tu mujer.

El chico lo mira con rabia; sabe que tarde o temprano se encontrarán.

Manuel entra a su casa. Todo luce desordenado, sucio. La puerta de su habitación está abierta. Sin hacer ruido se acerca a Ximena, se sienta a su lado y, bajo la montaña de cobijas, le descubre el rostro. Besa su mejilla y siente el frío de la muerte. La sacude, le pide que reaccione. A los pies de la cama, bajo su mano inerte, está el teléfono tirado. Manuel se agrieta, se deshace como un páramo frágil. En el otro cuarto, los niños duermen tranquilos, arropados y entregados a un sueño feliz.

Para mi siguiente truco

Sí, yo sé que estuvo mal. La verdad es que no quiero justificarme ni tampoco negar nada. No tiene caso. Sé, su señoría, se dice así, ¿verdad? Igual y es más correcto decirle señor juez. Ya, entiendo que eso no es lo importante sino lo que pasó. No voy a matarlo de aburrimiento con tantos detalles; trataré de ser lo más directo posible.

¿Por dónde empezar? Usted ya sabe a lo que me dedico: soy mago. Casi siempre que digo lo que hago, se ríen de mí, como usted lo hizo al verme, y después me piden que haga un truco: estúpidos. Bueno, luego está la dificultad para hacer mi chamba con dignidad, piensan que somos payasos de circo. No me malinterprete, señor juez; no es que tenga algo de malo ser payaso, todo lo contrario, pero son cosas distintas. Yo me preparé como pude.

Ahora es mucho más fácil, entre comillas, pues todo está en internet. Hay tutoriales poca madre donde aprendes a hacer trucos. Lo malo es que están al alcance de cualquiera y es difícil impresionar al público, a los jóvenes, sobre todo. Ya ve que hoy en día los chamacos se la pasan pegados a los teléfonos y tabletas engrosando sus jorobas. Por eso he preparado el truco que me va a volver famoso, que me sacará de hacer chambitas, y creo que está listo. El punto es que me cuesta mucho trabajo contratarme para fiestas. Aquí hay otro detalle importante: no soporto a los niños. Además, mis trucos son para grandes, como ya se estará dando cuenta. El hecho de que me contraten para fiestas infantiles me pone mal, pero tengo que comer. No lo dije antes; a mí, fuera de los gastos necesarios, me entró la obsesión de comprarme un carro, nada ostentoso: un sedan, eso sí, del año. Cada que he tenido oportunidad de subirme a uno nuevo, el olor me embruja. Por supuesto yo no había tenido auto antes, así que ahorré durante cuatro años todo lo que pude para comprar uno. Bueno, para dar el enganche y pagar a muchísimas mensualidades el resto. Ese día, la primera vez, todo se me juntó. Me contrataron para la fiesta de siete años de un escuincle chillón, grosero y desesperante. Mi show debía empezar a las cinco de la tarde. Desperté contento pese a saber que tendría que lidiar con los mocosos. ¿Cómo no iba a estar contento, señor juez? Ese día por fin me entregaban mi nave. “A las doce”, había prometido mi regordete vendedor. Tiempo perfecto para pasar por el auto, ir a comer y presentarme en la fiesta de Gilbertito Pérez Cárdenas. Con la emoción llegué veinte minutos antes del mediodía a la agencia. No sé si hace falta decirle que tuve que aguantar las risitas, dizque disimuladas, de los empleados al verme con mi

sombrero de copa, mi esmoquin y un conejo en los brazos. Fingí no notar lo y saludé al que, hasta antes de recibir mi pago, había sido una amabilísima persona.

—Espéreme por ahí, señor Flores, voy a ver si ya está su unidad —dijo sin mirarme. Me senté paciente a esperar; era claro que yo había llegado antes de lo acordado. Después de verlo atender a dos personas, en tiempo hablo de poco más de media hora, volví a acercarme.

—Disculpe, joven. ¿Cómo va lo de mi carro? ¿Ya mero?

—Habíamos quedado que entre doce y una, señor Flores —respondió sin ninguna pena.

—No, mano, quedamos a las doce, pero no hay bronca. Me espero, nomás te encargo a ver si lo pueden apresurar un poquito porque tengo que ir a trabajar. Y no me digas señor Flores. Giancarlo o Juan Carlos está bien.

Levantó la vista y me revisó de pies a cabeza. No le importó en absoluto fingir, se rio en mi cara y dijo que haría lo que pudiera. Regresé a sentarme sin quitarle la vista de encima. Cuando se cansó de sentir mi mirada tomó su maldito teléfono, habló, sonrió, se reclinó lo más que pudo, se rascó la enorme panza y después colgó. Clavó la vista en su computadora. Yo siempre he sido una persona tranquila, o lo era, pero eso, señor juez, me parecía una falta de respeto; no, mejor dicho, y con perdón de usted, una chingadera. A la una con quince minutos decidí preguntarle qué había pasado. Se levantó con la sonrisa de quien anuncia que se ha ganado la lotería para saludar a un joven que llegaba a pedir informes sobre un deportivo.

—Deme un minuto, señor Flores, ya lo atiando —me dijo y pasó de largo.

A las tres de la tarde el día se iluminó. Mi auto, plateado y deslumbrante como la hoja de una navaja, apareció tras el cristal. Me acerqué a verlo, a escudriñarlo. Un papel pegado en la ventana trasera tenía mi nombre, me acreditaba como el dueño de algo más que un conejo. ¿Un permiso?

—Listo, señor Flores, ya sólo regáleme una firma aquí y otras dos en la parte de atrás y se puede ir —dijo indiferente, como si me hiciera un favor.

—Perdón, ¿por qué no tiene placas?

—Ah, como es sábado el gestor no pudo tramitarlas. Si gusta en el transcurso de la semana puede pasar por ellas.

—¿Y no tengo ningún problema de circular así?

—Es un permiso, señor Flores, eso, como su nombre lo indica, le da permiso de circular —respondió en el tono más mamón que pudo.

—El lunes vengo por ellas.

—Mejor el miércoles, para mayor seguridad.

—El miércoles está bien.

—Sí, aquí lo esperamos. Muchas felicidades... Ah, para entregarle sus placas sólo va a faltar la cuota del gestor.

—¿Cuál cuota?

—Creo que no me explico con claridad: la cuota del gestor es una cuota que se le paga al gestor por traer sus placas.

—Dijiste que ya era todo.

—Sí, pero el gestor no trabaja gratis, son sólo trescientos pesos.

—¡Trescientos! Yo pude haber ido a Servicios Administrativos a tramitarlas.

—Me hubiera dicho antes, señor Flores.

—Te lo digo ahora.

—Sí, pero el proceso ya se inició. Él tiene todos sus papeles. El lunes a primera hora realiza su trámite. No lo puedo cancelar.

—El lunes. Entonces, ¿cuál es el motivo para que me entregues mis placas hasta el miércoles?

—No es el único trámite que realiza.

No le voy a mentir, señor juez, le arrebaté las llaves al tipo ese y me subí a mi carro. Con el coraje ni siquiera pude aspirar el delicioso olor a nuevo. Unas cuabras después, destensé mi entrecejo. Había perdido mucho tiempo; no podría comer con la tranquilidad que tenía planeada, así que decidí pasar al centro por unas tortas. Eso sí, con los vidrios cerrados pese al calor. El olor a nuevo tendría que durar lo más posible. El conejo parecía estar cómodo dentro de la cajuela, recostado sobre las revistas de publicidad que tomé en mi larga espera. Doblé por Rayón y, frente al parque Zaragoza, un camión se detuvo de golpe en doble fila, lo alcancé a esquivar y, unos metros adelante, otro imbécil se detuvo, ahora en el carril izquierdo, como si las intermitentes fueran un permiso divino. Lo mismo, giré el volante y pude librar su defensa, pero no la portezuela que se abrió para estrellarse con mi auto. ¡Mi carro nuevo! Alcancé a frenar y sólo la sacudí. Entenderá, señoría, el susto y el coraje que sentí. Para colmo, el idiota que la abrió sin fijarse se atrevió a reclamarme. La verdad, yo nunca he sido muy bueno para los golpes, más bien soy tirándole a malo, y el cuate estaba bastante grandote y fuerte. Con el coraje, lo mandé a la chingada. El cabrón todavía tuvo el valor de bajarse, con mucho trabajo porque los carros estaban muy juntos, para darle un puñetazo a mi ventana. ¡La estrelló! Entonces ya me valió madre todo. Aceleré y

le arranqué la portezuela a su coche. Los curiosos llegaron y, para mi mala suerte, se puso el alto. El idiota caminaba hacia mi carro y por el retrovisor lo vi aumentar de tamaño. Ya estaba fuera de mí; no pensaba. Al ver que estaba cerca, metí reversa y aceleré a todo. No se alcanzó a quitar. Mi defensa pegó en sus piernas y escuché el golpe de su cabeza en el medallón. No recordé al conejo, que se habrá zarandeado tanto como el imbécil que quedó tirado en plena calle. Aceleré y me fui.

Pensaré que mi idea era esconderme o guardar el coche. No. Estaba confundido, así que di muchas vueltas hasta que pude concentrarme y tomar el camino hacia la carretera para llegar al fraccionamiento de los Pérez Cárdenas. Después de pasar los filtros de seguridad y de revisar el raspón que mi auto tenía al frente y el vidrio estrellado, entré a la casa. El niño tenía la sangre tan pesada como la cuenta de banco de su papá. Acomodaba mis cosas cuando recordé a Archivaldo, mi conejo; creo que no le había dicho su nombre. Fui a la cajuela y el pobre estaba en un rincón, asustado, supongo. Lo tomé y me preparé para empezar con mi actuación.

—Buenas tardes, yo soy el Gran Giancarlo y para mi primer acto necesitaré de un voluntario, alguien que sea muy valiente —dije con la vista en Gilbertito que, sentado hasta el frente, jugaba con una tableta.

—¡Yo! ¡Yo soy muy valiente! —gritó un niño con la camisa mal abrochada y un bigote rojo agua de jamaica.

—Eh, ya lo creo, te ves muy valiente, pero, ¿qué tal si le damos oportunidad al festejado de que pase primero? A ver, todos: “Gilber-ti-to, Gil-ber-ti-to” —los animé a gritar. Tuve que morderme

un huevo, la verdad. Perdona la expresión, señor juez, pero, como le dije, no soporto a los escuincles.

El acartonado ingeniero Pérez se acercó para rogarle a su hijo que pasara al frente y el niño quitó la vista del aparato. Lanzó sus pupilas al cielo para hacer más evidente su molestia y se paró junto a mí.

—Bien, Gilbertito, ya veo que tú también eres muy valiente. Para este truco voy a necesitar la ayuda de mi mejor amigo. ¿Quieres conocerlo? —pregunté con tono de imbécil.

—¡Papá! —gritó el niño para pedir que lo dejara en paz.

—Ok, ok, te lo voy a presentar. Él es ¡Archivaldo! —de la caja que lucía vacía, mi conejo apareció. El niño lo miró con asombro, con la mirada del que está a punto de desarmar un juguete para ver cómo funciona.

—¿Me lo das?

—No, no puedo, Archivaldo trabaja conmigo. Además, ése no es el truco. Lo que vamos a hacer a continuación...

—¡Dámelo! —ordenó Gilbertito Pérez Cárdenas antes de lanzarse hacia Archivaldo.

—Lo siento; no puedo dártelo —dije un poco más molesto cuando lo alcancé a levantar de las orejas para que el escuincle no lo tomara.

Ya se imaginará lo que siguió. El niño hizo un drama descomunal, el ingeniero pasó de tratar de calmarlo con la promesa de comprarle una docena de conejos, a ofrecerme dinero por el mío; no es que yo no lo necesitara, todo lo contrario: había que reparar mi auto nuevo, pero no estaba dispuesto a dejar al pobre conejo en las mugrosas manos de ese engendro que, con toda seguridad, lo

destriparía o lo ahogaría. Como me negué a dejarlo, el ingeniero me pidió que me retirara.

—Con todo gusto —le dije, sólo págume porque no es mi culpa que el espectáculo no se haya realizado.

Obviaré los detalles de cómo un par de refrigeradores humanos me ayudaron a salir sin que mis pies tocaran el piso; eso sí, yo abrazaba a mi orgullo vuelto conejo.

Creo que hay alguien afuera. En fin, seguiré con mi relato. Archivaldo se ganó su sitio junto a mí en el auto. Arranqué una vez que había recogido lo que los guaruras me hicieron favor de arrojar por la calle de la privada. ¡Claro! Estaba muy encabronado, pero tampoco soy estúpido. ¿Qué iba a hacer allí? Más tardaría en cobrar venganza que en lo que me detuvieran; estaba encerrado en un fraccionamiento para ricos. Así que salí despacio, por el empedrado. No me preocupó llegar hasta mi casa como si nada; nunca he pretendido evadir mi responsabilidad. El coche no tenía placas, así que era muy complicado que me encontraran. Al día siguiente, mientras Archivaldo desayunaba una zanahoria y yo un par de huevos, leí en el periódico que el tipo había muerto. Al parecer cayó de mala forma y se golpeó la nuca. No daban características de mi auto, sólo se hablaba de un coche económico color plata. ¿Económico? ¿Puede creerlo? Si supieran lo que me costó. Total que ese día me convertí en un asesino... Como sabrá, no fue mi único crimen.

El siguiente miércoles, a las diez de la mañana me estacioné en la agencia. Obviamente, ya no iba vestido de mago, así que esta vez, nadie se rio de mí ni notaron mi presencia. Me acerqué al escritorio del vendedor que mordía una quesadilla cuando me vio. Su gesto fue de hartazgo.

— Señor Flores, ¿cómo le va?

— Bien, joven, venía a ver...

— ¿Qué tal el auto? ¿Todo bien?

— Todo bien, ya ve que quedamos que hoy me...

— Las placas, ¿verdad?

— Así es.

— Híjole, señor Flores, me va a matar.

— ¿Por?

— Tuvimos un problema con el gestor, se nos desapareció.

— ¿Desapareció?

— Sí... Ah, pues igual que usted, como si fuera mago —y se rio con un diente enrojecido por la salsa.

— Ya. ¿Y mis placas?

— Van a tardar unos días más, deme oportunidad una semanita.

— El permiso que me diste vence el viernes.

— No pasa nada, nadie lo va a parar.

— No, no me parece. Dame mis papeles y yo hago el trámite, así me ahorro la cuota.

— ¡Caray, señor Flores! No se va a poder. Justo hoy, para no quedarle mal, se los di a un nuevo gestor. Él no falla. Yo espero que dentro de ocho días ya estén aquí.

— No me entendiste; vine por mis placas y quiero que me las des —le dije mientras mis dedos rebotaban sobre su escritorio.

— No se ponga así, no depende de mí, señor Flores. Además, no hay nada que pueda hacer. Mire, para compensar el retraso, qué le parece si el día que venga por ellas yo le regalo cincuenta por ciento de descuento en la película antiasalto de sus vidrios.

—No voy a pagar más.

—Yo se lo digo para que no le vayan a dar un cristalazo —se levantó y avanzó hacia mí—. No le quito más su tiempo, señor Flores, aquí nos vemos dentro de ocho días. Piense lo de la película. Que le vaya bien.

Salí porque tampoco soy un hombre de escándalos, yo lo que hago es magia, en mi espectáculo y cada domingo. No soy de pleitos, o no era.

La calle de atrás de la agencia es muy poco transitada, sin embargo, tiene acceso a dos de las avenidas principales de Toluca. Estacioné el auto y me puse el saco, el de los shows. Caminé lento y sacudí mis brazos. Pensé que tendría que esperar mucho y no fue así. Unos veinte minutos después vi cruzar la panza de mi vendedor a la cocina económica que está enfrente, tropezó con el camellón y, entre risas, apuró el paso. Me acerqué, pasé rápido al frente y vi que no había gente dentro, sólo él sentado de espalda a la calle y dos señoras tras las hornillas. Entré.

—¿Le dije que soy mago? —pregunté detenido junto a él.

—Sí —respondió al aventar fastidiado la servilleta que limpiaba sus dedos gordos.

—Pues mira.

En un movimiento ágil bajo mi manga izquierda apareció una flor. Él parpadeó asustado, las mujeres aplaudieron y se miraron entre ellas. El vendedor exhaló, iba a empezar a hablar cuando repetí el movimiento, esta vez con la mano derecha. La navaja con su filo, plateado como mi auto nuevo, apareció. Nunca lo había hecho, señor juez; no había imaginado siquiera la sensación tan excitante de sentir cómo su piel se abría al clavarla en su cuello y

tirar hacia mí. Siempre pensé que eran una exageración los chorros de sangre que salen en las películas, pero es cierto. Un borbotón rojo me salpicó. Una de las mujeres se desmayó y la otra permaneció petrificada con un cucharón en la mano. Salí de la cocina y corrí tan nervioso que también tropecé con el camellón. Al entrar al coche un olor fétido me recibió: Archivaldo se había cagado en el asiento.

Así llegamos al día de hoy. Tenía una función, usted sabe, para la reunión del Poder Judicial. Todo se volvió raro y, como nunca antes, me quedé dormido. No encontraba ropa limpia en mis cajones, ni la camiseta con el número diez que, por supuesto, no pensaba ponerme para trabajar. Así que me puse esta camisa sucia, tomé a Archivaldo y conduje tan rápido como pude. Unas cuerdas antes de llegar la sirena de una patrulla me alertó. Me orillé y temí que fuera por lo del atropellado, o por el vendedor. No. Querían saber por qué no tenía placas.

—Mire, oficial, la mera verdad, me quedaron mal en la agencia.

—¿Agencia?

—Pues sí, se supone que me lo iban a entregar con placas y ya ve, me lo dieron así.

—O sea que es un carro nuevo.

—Así es, nuevecito, me lo entregaron hace ocho días —respondí orgulloso.

—¿Y ya lo trae así, amigo? —preguntó al ver que, en lugar de vidrio, un plástico ondeaba—. ¿Por lo menos todavía huele a nuevo?

El agente metió la cabeza y la sacó asqueado.

—¡Apesta a granja!

—Perdón, oficial, es que traigo a Archivaldo y otra vez se cagó.

¿Golpearon la puerta? Bueno, después de mirar el permiso vencido me dijo que me levantaría una infracción. Yo le supliqué que no lo hiciera y al final me sacó cien pesos. Arrancaron y noté que su patrulla no era de Tránsito, sino municipal. Me transaron. Estaba a punto de llegar y aquí, en Carranza, un auto se quedó atravesado en el retorno. Tenía espacio suficiente para echarse para atrás y dejarme cruzar. Como imaginaré, no lo hizo. Le toqué el claxon una vez, tranquilo, nada; dos, tres, cuatro veces y no volteaba siquiera. Miré el saco a mi lado, Archivaldo dormía sobre él, en lo que traté de quitarlo el semáforo cambió y el auto aceleró. Quien estaba detrás me dejó pasar. Así llegué aquí, señor juez. La señorita del vestido corto me dijo que tenía que venir a verlo, pues por el retraso usted ya no quería que actuara y, la verdad, no me parece justo. Podría dejarlo pasar, se lo juro, ¡pero se burló cuando me vio! ¿Qué fue? ¿Mi sombrero? ¿La camisa sucia? ¿El conejo? No importa ya, esa sonrisita estúpida y la prepotencia con la que me corrió lo tienen ahí, señorita, atado, empapado en sudor, con los ojos llorosos.

¡Ya vamos! ¡Ahorita salimos!

Para mi siguiente truco ocuparé una navaja bien afilada y un voluntario muy valiente. ¿Nadie? Parece que aquí tenemos a uno, Archivaldo. El señor juez se ofrece a participar. Voy a pedir silencio absoluto pues cualquier ruido podría causar la muerte del voluntario. ¡Dije cualquier ruido y no dejan de tocar la puta puerta! Lo siento, licenciado, aquí nos despedimos. Y como no va a presenciar mi mejor truco, le voy a decir qué va a suceder: después de que le corte el cuello van a forzar la puerta para entrar. ¿Qué encontrarán? Su cadáver, su asquerosa corbata de seda

bañada de sangre y nada más. Ni de Archivaldo ni de mí habrá el menor rastro. ¡Pum! Vamos a desaparecer. ¿Sabe por qué? Porque soy un mago: el mejor de todos.

Silbatazo final

Hugo despertó. A su lado Mago dormía. Envidió la tranquilidad que su gesto reflejaba. Él casi no había podido cerrar los ojos. ¿Cómo estaba tan tranquila? ¿Para ella era cualquier día? Fingió toser. Ella se acurrucó un poco más y siguió con su respiración pausada. Miró la hora en su celular, unos minutos antes de las seis. Él no suele despertar tan temprano, menos en sábado, pero los nervios no le permitieron descansar.

—Mago, Mago, ¿estás bien? —preguntó antes de sacudirle el brazo.

—¿Qué? ¿Qué pasó? —con voz ronca y párpados apretados se incorporó.

—Es que me despertaste; estabas inquieta, te movías mucho y pensé que tenías un mal sueño. Por eso te desperté.

—No, al contrario, estaba soñando bien bonito —dijo mientras se acomodaba otra vez, de espaldas a él—. Todavía está oscuro; duérmete.

—Oye.

—¿Qué?

—¿No tienes hambre?

—No. Ya duérmete.

—¿A qué hora empieza a vender doña Jose?

Mago se encogió de hombros y suspiró; Hugo se sentó en la cama y a los pocos segundos la escuchó roncar. Miró el póster enmarcado junto al tocador y sintió que su estómago se comprimía al recordar esos años. Era el fin de semana más importante de su vida. Levantó un poco las cobijas y miró el trasero de su mujer; dudó, pero después lo tocó.

—¡Déjame dormir! —le exigió molesta.

En punto de las ocho de la mañana, Hugo salió de misa. Durante la hora que pasó dentro del templo, por fin pudo conciliar el sueño. Cabeceaba cada tanto —su especialidad— y abría los ojos para mirar a su alrededor y descubrir quién aguantaba la risa al verlo, como muy pocas veces, en la iglesia. Trataba de no quedarse dormido. Al salir cruzó la calle; se sentía un poco más tranquilo cuando Lucho llegó apurado.

—¡Don Hugo, don Hugo! Lo ando busque y busque —dijo el niño todo agitado.

—¿Qué pasó, Lucho?

—Dice mi mamá que si hoy no va a trabajar.

—No, hoy no, ¿por?

—Es que se nos cerró la puerta y no sacó las llaves...

—¿Otra vez?

—Ya ve que el aire está muy fuerte. ¿Nos puede abrir?

—Voy a tener que ir por mi herramienta, Lucho, y hoy tengo muchas cosas que hacer —mintió Hugo, el cerrajero.

—Ándele, no sea malo; mi mamá está afuera con mi hermanito y ya no tarda en llover.

El cielo se mostraba libre de nubes, pero el clima, como los gobernantes, en Toluca no tiene palabra. Así había amanecido los últimos días y antes de la una llovía.

—Está bueno. Dile que ahorita voy; nomás paso por mi herramienta.

Apresuró el paso; quería almorzar en el mercado y comprar lo necesario para después encerrarse a esperar la hora. Dio la vuelta y vio en la lámina amarilla de su puesto algo raro. Corrió y encontró los candados abiertos sobre el mostrador. La estructura donde apenas cabía él solo había sido saqueada. No estaban trozados los candados; no se veían las chapas forzadas: los habían abierto sin problema, así como él, capaz de abrirlos en un santiamén.

—El pinche Cuauhtémoc —dijo en voz alta. Corrió las diez calles que separan su negocio del mercado Morelos y entró directo hasta la Cerrajería Terrazas. Estaba cerrada.

—¿Qué pasó, cuñado? Ya estás encabronado y todavía no pierden.

—¿Y Cuauhtémoc?

—No ha venido, ¿por?

—¿Sabes dónde vive?

—No, canijo. ¿Qué traes?

—Me robaron; vaciaron mi negocio.

—¡Pinches ratas! Ahora sí está cabrona la cosa, mano, y fue mucho lo... No mames, ¿a poco piensas que fue el Cuau?

—¿Quién más?

—Ese compa no es rata; yo lo conozco.

—Abrieron los candados; no los rompieron ni nada. Además, ese pendejo siempre me ha tenido envidia. ¡Pinche americanista!

—No me lo tomes a mal, mano, pero ¿envidia de qué? La neta a él le va mejor que a ti aquí en el mercado.

—Si lo ves dile que lo voy a encontrar y se la voy a cobrar.

Hugo salió con los nervios sepultados por el coraje. En la explanada, frente al puesto de periódicos, unos niños jugaban fútbol; el balón voló disparado en su dirección. Dio un paso para atrás y con clase amortiguó la pelota con el pecho para después controlarla con el pie.

—Bolita —le gritaron.

Antes de patear hacia el portero, distinguió a Lucho entre los chamacos. Su disparo fue a dar a un coche estacionado sobre Carranza; así arrancó la rechifla de todos. Sintió que algo no andaba bien; su puntería era certera y había fallado por mucho la dirección de su trazo. Con el brazo les mentó la madre a todos y se fue hacia la vecindad que estaba a unas cuadras.

—Ya voy a ver a tu mamá —le dijo a Lucho al pasar junto a él. El niño no respondió.

La puerta de la calle, como siempre, estaba abierta de par en par, el piso aún encharcado por la lluvia de la madrugada. El gato recostado sobre un tambo se erizó al verlo. Hugo sabía que Laura, la mamá de Lucho, no le pagaría; nunca lo hacía. Ella le invitaba una taza de café caliente con canela y a él con eso y con ver la

sombra sobre su escote que le separaba los senos, le bastaba como paga. Miró a un hombre encorvado frente a la puerta. Su pantalón dejaba ver otra sombra que producía la sensación opuesta a la del pecho de Laura, era la de las nalgas morenas y peludas de Cuauhtémoc. A su lado, con las piernas desnudas, la mujer mecía al niño que no dejaba de llorar.

—¿Fuiste tú, pendejo?

El cerrajero giró para mirar a Hugo a unos metros, detenido, con los puños apretados.

—Ay, Hugo, qué pena. Le tuve que hablar al señor Terrazas porque hace mucho frío y tú no llegabas. Mira cómo me quedé, con el *short* con el que duermo y mi bebé no deja de llorar; me urgía que me abrieran... —se disculpó Laura.

—¡Contéstame! ¿Fuiste tú? —repitió la pregunta con más fuerza.

—No te enojés, Hugo, ahorita que abra...

—¡Enséñame tu herramienta!

—Yo no te voy a enseñar ni madres, pendejo, y deja de gritarme.

—Pues responde cuando te hable. ¿Fuiste tú?

—No sé de qué hablas y me vale madre, yo vine a trabajar —dijo sin quitar la vista de la cerradura.

Hugo se acercó a la bolsa que, en el piso, guardaba la herramienta de Cuauhtémoc. El niño lloró con más fuerza y las primeras gotas cayeron.

—Este desarmador es mío, cabrón.

—Estás pendejo. ¡Deja mis cosas! —el hombre al fin se irguió para encarar a Hugo.

—También las ganzúas son mías —dijo mientras las tomaba.

—Como si fueras el único cerrajero que tiene de esa marca.

Cuauhtémoc arrebató la bolsa a Hugo.

—Cálmense, por favor —imploró Laura. Levantó la voz para que el llanto de su hijo no la opacara; le cubría la cabeza con su mano libre. Hugo trató de recuperar la bolsa y empezaron a forcejear. Entre el jaloneo, Cuauhtémoc tropezó y se estrelló contra Laura y su bebé; los tres cayeron. Hugo, con la herramienta en la mano, giró satisfecho; frente a él, el gato de color indescifrable lo miraba agazapado. Sintió un golpe seco junto al oído, dio un paso hacia delante y dos laterales antes de caer. Desde el piso miró el tenis de Cuauhtémoc acercarse veloz hacia su rostro. Por instinto alcanzó a cubrirse con las manos, después su cerebro bajó la cortina.

El sabor de la sangre en sus labios fue lo primero que notó al reaccionar. La lluvia había arreciado y él estaba solo en el patio. Se sentó para palparse la cara; no se sentía tan golpeado. La nariz estaba bien, sus párpados y pómulos intactos, sólo su labio sangraba: “Hijo de la fffregada”, dijo. “Feregada, fffffffregada... ¡Puta masre!”. Un aire salía entre sus dientes, por el hueco que el incisivo lateral derecho había dejado. Chimuelo, miró hacia la puerta de Laura que estaba cerrada. Al lado, sobre la marquesina de la ventana, el gato multicolor lamía satisfecho su pata. Tocó varias veces; el llanto del niño y el sonido del televisor le dejaron claro que ella no le abriría. “Pinche vieja”, dijo cuando salió de la vecindad.

Con todo lo que había pasado y sin probar alimento, Hugo sintió náuseas. No quiso regresar al mercado y exponerse a las burlas, así que decidió volver a su casa. A salvo en el barrio, quizá organizaría su venganza. Sonrió al imaginar que quemaba los pies de

Cuauhtémoc para que aceptara su delito. Bajo un plástico azul, el anafre humeante de doña Jose aguardaba en la esquina.

—Buenas, doña, le encargo tres de chicharrón, porfa.

—Híjole, Hugo, ya no tengo.

—Bueno, entonces de mole —el chiflido volvió.

—¿Qué te pasa? Hablas raro —la señora vio la sangre en su camiseta—. ¡Virgen santísima! ¿Te asaltaron?

—Algo así. Prepáreme mis gorditas, por favor.

—Pero ya no tengo mole; sólo me quedan de haba y una de frijol.

—Ya sabe que no me gustan las de haba.

—Te tumbaron un diente, ¿verdad?

—No. Se lo dejé al ratón —respondió fastidiado—. Deme la de frijol.

—No tienes por qué ser grosero conmigo —con calma abrió la masa para ponerle salsa y, como si se tratara de un movimiento milimétrico, la puso sobre el comal.

—¡Ya démela así!

Entró a su casa. Se dirigió a la cocina mordiendo la gorda. Abrió el refrigerador y notó que no había cervezas, sólo un litro de leche destapado.

—¡Chingada madre! ¡Mago! Te pedí que compraras chelas... ¡Mago! ¿Por qué carajo no contestas? Yo me parto la madre toda la semana y tú no eres capaz de comprarme unas pinches cervezas.

En la recámara no había nadie. Mordió de nuevo la gordita y notó que su canino derecho también estaba flojo. Se miró en el tocador y vio su labio hinchado, lo demás de su rostro estaba intacto. Cuauhtémoc no se había aprovechado al verlo inconsciente. Abrió la

boca y no supo si reír o lamentarse de encontrarse chimuelo. Pensó en ponerse pomada sobre el labio para aminorar la hinchazón. Abrió el cajón de su mujer y estaba vacío. Sus intestinos hicieron descender una burbuja que lo obligó a apretar el cuerpo. Revisó el clóset; no estaba la ropa de Mago. Volvió a sentirse mareado. “Ahorita regresa”, se dejó caer sobre la cama. “Siempre regresa; nomás quiere darme un susto, como nunca le creo. Me quiere dar un calambre. Ahorita regresa”, repitió hasta quedarse dormido.

Horas más tarde escuchó que los vecinos gritaron.

“¿Gol? ¿Dijeron gol?”, se preguntó. De un salto se levantó para mirar el reloj. “¡Me lleva la chingada!”, gritó con el chiflido que lo acompañaba al hablar. Se puso la camiseta y corrió hasta la sala para encender el televisor. Los segundos en que puso el canal y la imagen se pudo ver le parecieron interminables. “¡A huevo! ¡Uno cero!”, festejó mientras imploraba que pusieran la repetición. Olvidó por los siguientes minutos todo lo que el día le había traído. Festejó el segundo gol. Sufrió con el descuento del equipo rival. Se imaginó al día siguiente con otro campeonato. Derramó lágrimas cuando, en los últimos segundos, su equipo metió el tercero. El árbitro dio el silbatazo final y él gritó: “Somos campeones. ¡Somos campeones!”. Brincó, bailó, besó el póster con los jugadores del 91. Un rayo iluminó la calle. El transformador de luz explotó y el sonido lo hizo saltar. Todo se oscureció. Un silencio absoluto invadió la casa. Estaba solo. Se dejó caer derrotado sobre el sofá de su cuarto y algo lastimó su trasero. Eran unas llaves, el duplicado de los candados de su local. A un lado, una hoja de papel. Una nota de despedida que, con la ausencia de luz, no pudo leer.

Toluca la Bella

Y entonces hicimos esta ciudad y notamos
que era fea pero no quisimos destruirla,
desde entonces vagamos en este territorio.

JUAN HERNÁNDEZ LUNA

Afuera de la terminal no dejaba de llover. La gente se amontonó donde pudo para cubrirse. Nadie se quería mojar. Te abriste paso para salir. El clima nunca te ha detenido. Al sentir el agua sobre tu cuerpo recordaste la sierra; allá siempre olía a tierra mojada, a humedad.

En la sierra las casas aparecían de repente y el olor cambiaba. Allí se respiraba humo, se comían frijoles, tenían agua. No siempre, no en todos lados. Había lugares donde no los querían y preferían darle la comida a los animales que a ustedes. Esa gente no se espartaba, al contrario, a veces eras tú el que temía cuando te sostenían la mirada. Nunca la bajaste, no eres de los que ven a otro lado,

tampoco de los que agandallan; no faltaba quién les quitara la vista con un chingadazo. Y así tenías que seguir por el camino. Sabías, a diferencia de los que vivían ahí, que en unos días llegarías a un lugar seco, pasarías mucho tiempo bajo el chorro de agua tibia, te recostarías en una cama suave y dormirías. Descansarías mientras ellos seguirían con los pies enterrados en el fango, tristes, pero con la mirada digna. Así sería en unos días, si volvías, porque allí dentro, en el ejército, la vida no está comprada; no era la tuya la que te preocupaba, fue la de quien te crio que te obligó a pedir tu baja. No, tú no eres ningún desertor y lo demostraste; costó trabajo, aguantaste diez meses más, sin repelar, sin insistir, acataste y cumpliste lo que se te ordenó. No, tú no te saliste porque te faltaran huevos, como dijeron unos. A veces hace falta más valor para irte que para quedarte.

Regresaste a la ciudad casi como te fuiste y la encontraste cambiada. No fue tanto tiempo, ocho años. Con el mismo clima, con la misma hipocresía, pero distinta, más fea. Recordaste, al recorrer las calles en el autobús, que tu abuela te hablaba de otra, de una Toluca con callejones, con edificios elegantes de antes de la Revolución, con haciendas a sus alrededores, con gente que se saludaba, siempre mochos... Ni a ella ni a ti les gusta la Vela Perpetua, pero así son allí, de golpes de pecho y de lengua viperina. Por eso aprendiste a querer a una ciudad que nadie quiere. El tránsito era lento, el cielo tenía una capa de esmog que hacía más gris el lugar. Y te clavaste en la ventana, viste todo: los carros lujosos, los autobuses viejos, los ciclistas agrupados que mientan madres, los limpiaparabrisas... Nunca habías visto tantos. Por momentos parecía que estabas en Ciudad de México y no, era la provincia. Adelante, dos camionetas

sin placas cerraron el paso a otro autobús; la gente se acercó con los celulares listos para grabar. Buscaste, por reflejo, la pistola en tu cintura y no estaba; no estaba el uniforme. Las botas te las quedaste porque ya cualquier otro calzado te lastima, y no entendiste qué pasaba. Como tampoco entendías por qué te ordenaban disparar contra la gente desarmada. Los hoyos que dejaban las balas en las paredes te recordaron, justo cuando pasabas por la Facultad de Medicina, que allí era el paredón de fusilamiento en tiempos de la Revolución. Eso te contó la abuela y tú imaginabas una Toluca donde no había basura, la ciudad que se desintegra cada segundo para dar paso al monstruo donde regresaste a vivir.

Bajaste antes. Había dejado de llover y querías cruzar las Torres para ver el pasto donde jugabas de niño, donde peleaste por primera vez, donde te fumaste el primer cigarro, escondido. Eran otras las estructuras donde trepabas; fueron sustituidas por unas nuevas. Estaba lleno de trabajadores, había cemento y varillas y camiones y polvo y unas ballenas enormes que no dejaban pasar la luz. Habrá, te enterarías después, un tren que surcará el paisaje. Un tren rápido, no como el que silbaba al llegar a la estación abandonada, allá, en la que antes era la orilla oriente de la ciudad, y pensaste en las vías por las que corriste cerca de La Marquesa, y en el puente largo que pasaba sobre el río y te preguntaste por qué todo se abandona.

El barrio olía a pollo. No había mercado, sólo tiendas iguales cada tantas esquinas. Ya no estaban las de mostradores de madera, esas que todavía alcanzaste a ver, donde también encontrabas de todo pero sin empaquetar; allí había pan recién hecho, gelatinas sobre papel, verduras, frutas, cigarros sin filtro, costales con cacahuates y refrescos con envases de vidrio que tenías que

intercambiar. Hoy todo es desechable: las compras, las relaciones, incluso los humanos son así. La basura se mete bajo el tapete y quisieras saber cuándo dejará de caber, qué día ya no entrarán más bolsas de plástico, más envases de refrescos, más recuerdos, más cadáveres... Diste la vuelta y te chiflaron. Ya nadie te conocía. Se acercaron unos morritos que jalaban a sus perros de pelea con cadenas. Pasaron bien madres por enfrente, se cuadraron como si supieran lo que es un buen putazo. Sonréste, porque sabías que ninguno de ellos aguantaría dos días en la sierra. Así te llegó el recuerdo del Pelón. Apenas tenía diecinueve años cuando le deshicieron la panza con una metra. Tú lo arrastraste pese a que todos te decían que lo dejaras. Preguntaste por qué a ellos no les debían disparar: los tuviste en la mira, sus sombreros se veían luego entre los árboles, pero te ordenaron no tirar. El Pelón no se quejó, ni eso podía, los ojos se le iban para atrás y de repente regresaban para mirarte. Todos en el suelo, callados. “No disparen; ahorita se van”, decía tu sargento, y tú apretabas con toda tu fuerza el puño que sostenía la camisola del chamaco. Te quería decir algo que no pudiste entender. Tenías miedo, no de que llegaran esos cabrones, no de que te dispararan, no de que te mataran: temías ver su herida. La sangre brillaba y sus tripas estaban destrozadas. Se murió allí. No recuerdas cuántas horas fueron, pero mucho después, las camionetas arrancaron. Echaron plomo al cielo y subieron el volumen a sus estéreos; las tubas y los plomazos se alejaron. El chamaco ya estaba frío; otros tres y tú hicieron una camilla para cargarlo, para regresarlo a su pueblo que no salía ni en el mapa. Por eso te reíste, porque el Pelón solito se había llevado más muertos que los morros que dejaban que sus perros te ladraran. Un claxon los hizo voltear.

No quitaste la vista del animal que mostraba sus colmillos. Los chicos caminaron al taxi y luego se fueron.

El taxista te saludó con una seña y luego se fue. Caminaste en busca de la tienda. No tenías valor para pararte frente a tu abuela después de tantos años de no volver. No es que no la quisieras: tus mejores recuerdos de la infancia son a su lado, o junto a un balón. Sabes que ella, mejor que nadie, nota los cambios. Debe ser muy jodido que haya visto deformarse a la ciudad que tanto te describió, como para ahora ver a su nieto hecho piedra. La tienda estaba ahí, cerrada, pintada con anuncios de cerveza. Nunca te faltaron agallas en la sierra, al contrario, como siempre, ibas hasta adelante para abrir brecha con el machete. Incluso, cuando ya eras cabo, te valía madre y avanzabas tú primero. Pero no podías pararte frente a la puerta; temías no encontrar las plantas en la ventana, las cortinas deshiladas que tu abuela pasaba horas haciendo. Temías ver su mirada nublarse al encontrar la tuya: seca, de gente grande, de quien ha visto muertos, de quien ha matado, de quien ha derramado sangre sobre el campo, como ella regaba el agua al hablar con sus plantas. Las miradas se tatúan en tu mente; no has podido olvidar la de la señora cuando recibió al Pelón. Lo miró como si acabara de nacer. Entre sus brazos le limpió el rostro, lo mecía, lo acariciaba, no lloraba, sólo miraba su cara para no olvidarla, como si eso fuera posible. No paraste de caminar; estás acostumbrado a hacerlo por horas. Llegaron a tu mente los días en que ella te llevaba al mercado, y las quesadillas que te compraba. Sentiste hambre. Su casa siempre olía a sopa al llegar y recordaste el vapor sobre el plato. La imagen se mezcló con la del humo de las parcelas que quemaban. Las más chicas, las de los jodidos, las grandes no se

tocaban; eran las órdenes y ni modo. En el ejército se cumple sin preguntar. Ya estaba oscuro. El clima toluqueño, del que todos se quejan, a ti siempre te gustó. No es lo mismo estar en la sierra, con el calor, con la humedad.

No había más remedio; tenías que volver.

Te detuviste frente a la puerta, sin tocar. Tu corazón latía acelerado. Cuando disparabas no lo notabas, no había tiempo; estabas nervioso parado allí, como cuando estás detenido a once metros del final y, como en esos casos, lo mejor es no pensar. Tus nudillos golpearon la lámina. Nada se escuchó. El silencio te pone mal, te transporta al vacío después de una explosión. Volviste a tocar, se escuchó un ruido, algo dentro se movió. Nada. Un golpe más y, al fin, su voz se oyó como siempre, quizá un poco ajada, pero firme.

—¿Quién es? —preguntó. No pudiste hablar, te llevaste una mano a la garganta para tratar de soltar la voz y lo que soltaste fue la mochila—. ¿Quién? —volvió a preguntar.

—Soy... Luis —lograste decir. Repitió la pregunta al tiempo que abría.

Ella caminó por todas las horas de tu vida con el peso de una familia en sus pasos, y sólo el tiempo la pudo vencer. Ahí estaba frente a ti. Tardó unos segundos en reconocerte y en cuanto lo hizo sonrió con la ternura de siempre. Extendió los brazos para tocarte, y su mirada, en efecto, cambió. No por lo que temías, todo lo contrario. Te inclinaste mucho más de lo que recordabas para abrazarla y pudiste ver en sus pupilas tu rostro de niño; la sonrisa que la vida te obligó a borrar brillaba en sus ojos. No había reproches; había alivio de saberte de vuelta, de saberte vivo, de saberte

con ella. El dique que impedía el paso de tus lágrimas se rompió y lloraste, todo lo que por años habías guardado, y la voz se te fue; se largó a la sierra donde no pudiste gritarle al Pelón que se quedara, que no se metiera a las balas, que estaba muy chamaco para seguirte en la vanguardia. Tu llanto fue el de un niño, y ella, como siempre, te calmó. Te alejaste un poco y la encontraste tranquila, con los años encima, con las dolencias, con los pasos lentos y el temple intacto. Te pidió que entraras. Ya era de noche y al cruzar el umbral, un olor a sopa caliente te hizo sonreír. Supiste que Toluca no es la ciudad que tiran y levantan a su antojo, no es el lugar donde las mujeres desaparecen, no es donde se acumulan los muertos, no es la ciudad que saquean los gobernantes. Entendiste que Toluca la Bella es la mujer que te preguntaba si querías comer algo... Habías vuelto a casa.

Un juego

No hay juego de vuelta entre el hombre
y su destino.

SAMUEL BECKETT

Jorge

Contó los pasos de poste a poste; besó ambos. Tocó el travesaño. En el piso, bajo el arco, había un poco de pasto donde se arrodilló para ponerse los guantes. Miró a los otros diez, los hombres que lo acompañarían por noventa minutos a tratar de conseguir algo, de escapar por ese lapso de la realidad. Los vio alejados. Se sintió solo, como en los últimos años. El portero está dentro del campo, condenado a la soledad, a ser el primer o el último hombre. Pudo ver el número dorsal de todos. Cerró los ojos unos segundos y recordó con claridad la espalda desnuda de Edna, su olor, el lunar en su mano... El silbatazo lo hizo volver al campo.

El árbitro preguntaba si estaba listo. Jorge levantó su guante derecho para afirmarlo. Aplaudió con fuerza en cuanto Luis le tocó el balón a Hugo.

Hugo

A nadie sorprendió que llegara al último, era quien vivía más cerca del campo y aun así, todos estaban seguros de que llegaría tarde. Después de muchos años, el día anterior, su equipo se había coronado y Hugo lo festejaría en grande. Lo que los otros diez no sabían es que la cruda espantosa que cargaba el número once no era por el festejo. Escupió una saliva pastosa cuando se paró en el centro del campo. Antes de que llegara ya todos estaban ahí, cada uno en su posición. El árbitro había amenazado con no esperar más al jugador que faltaba. Era increíble que uno de los equipos no tuviera cambios en una final, pero esos once hombres vestidos de verde y dorado jugaron así toda la temporada. Ellos consiguieron llegar hasta ahí sin hacer un solo cambio; terminaban —y empezaban en ocasiones— con menos jugadores que el rival. Jadeante, con los ojos hinchados, con el cabello tieso y despeinado, se puso las manos en la cintura. Hizo una mueca e inclinó un poco la cabeza al verlos a todos; se disculpó por la demora. Hasta atrás, Jorge estaba hincado con los ojos cerrados. Miró la grada de cemento que ya estaba poblada: encontró niños, familias enteras, y las náuseas lo invadieron. Respiró profundo y, después del silbatazo, recibió el balón de Luis.

Luis

Por costumbre lustró las botas militares a la perfección. Ató las agujetas con fuerza y se sentó en la sala. Cientos de ojos lo observaron inexpresivos. Las figurillas que estaban posadas sobre carpetas tejidas rodeaban a Luis. Agradeció que no fuera la sierra, que no fueran enemigos, que todos los ángeles, payasos, niños y muñecas que lo acompañaban sólo fueran objetos inanimados.

—¡Abuela, se nos va a hacer tarde! —gritó. La mujer, enfundada en un *pants* verde, con una sombrilla de color oro, salió de la cocina:

—Ya, ya estoy lista; nada mas fui por la miel. Abre la boca.

El Cabo sintió que las figurillas sonreían burlonas. Recibió la cucharada de miel, tomó a la mujer del brazo y se dirigieron al campo. Fueron los primeros en llegar. La abuela se sentó en primera fila, con la sombrilla en todo lo alto, mientras la gente se hacía presente.

Luis miró el balón. Lo hizo concentrado, con el ceño y la mandíbula apretados. Los zapatos de futbol le eran muy incómodos, pero no se le permitiría jugar con las botas militares. Inhaló profundo. No había temor en él; era ansiedad la que lo invadía. Volvió a respirar y el olor a alcohol lo hizo levantar la vista. Hugo, con los ojos enrojecidos, miraba hacia las gradas. “¿Va a llorar o es la cruda?”, se preguntó el exmilitar. El silbato del árbitro lo alertó y tocó el balón un poco al frente, hasta los pies de Hugo que, un tanto desconcertado, lo recibió.

—Al Mago, dásela al Mago —ordenó Luis al tiempo que veía acercarse a los hombres del equipo rival.

Juan Carlos

Durante todo el torneo, el número diez vistió de forma impecable: los zapatos fluorescentes bien limpios, las medias justo debajo de las rodillas, la camiseta bien fajada dentro del pulcro *short* y el pelo engomado siempre hacia atrás. El día de la final no fue así. Llamó la atención desde que llegó al estacionamiento. El sonido de un mofle al rebotar contra el pavimento los obligó a voltear. Un sedán destartalado se detuvo junto a un poste de luz. La portezuela se abrió tan rápido como se cerró al estrellarse contra el poste. Una nueva abolladura apareció. La puerta se volvió a abrir, ahora con menos fuerza, y Juan Carlos bajó desaliñado, con la mochila colgada del hombro y, entre sus manos, un conejo. Quienes ya estaban en el campo de las Torres se quedaron atónitos. El Mago saludó con desgano. Archivaldo dormía y él, como si se tratara de un bebé, procuraba moverse lo menos posible para no despertarlo. Se estremeció al sentir la mano del custodio sobre su espalda.

—¿Todo bien? —le preguntó Jorge. Por única respuesta asintió.

Mientras llegaban los demás, Juan Carlos se sentó con el conejo en las piernas a planear su siguiente truco. Un par de niños se acercaron y acariciaron a Archivaldo. *Me cagan los niños*, pensó.

El mago seguía sorprendido por la facilidad con que muere la gente. Esperaba parado al centro, justo detrás del círculo del medio campo. El silbato plateado brilló ante el rayo del sol, como una navaja afilada, como un auto nuevo, como la muerte... El balón le llegó sin esperarlo, pero el Gran Giancarlo estaba siempre listo para reaccionar. Un jugador del equipo rival se acercó con la adrenalina

desbordada y con la mirada clavada en el esférico. El diez abrió las piernas y con el talón derecho tocó hacia atrás el balón. El contrario se barrió con fuerza desmedida, pero él, como si levitara, despegó los pies del suelo y lo dejó pasar.

Miguel

Despertó antes de las cuatro de la mañana. Todo estaba en silencio. Bocarriba, Miguel abrió los ojos, tiró un poco la cobija y un quejido delicado lo hizo sonreír. Después, la vida se volvió a acomodar en su cabeza y se preocupó. Se sentó despacio en la orilla de la cama para no despertar a Irma, abrió el cajón y vio que aún había dinero suficiente para varios días. Un par de horas más tarde desayunaron café caliente y pan. Ambos se miraron cuando una telera apareció con un polvo blancuzco encima.

—¿Nada nuevo?

—Nada, todavía te buscan. Nadie tiene idea de dónde vives.

—¿De ti no sospechan? —preguntó el Diablo con seriedad.

—Ni cerca, por eso no puedo ir al partido, tengo que trabajar.

—Hoy nos vamos.

—¿De verdad? No quiero que te vayan a agarrar por una tontería, Miguel.

—No. Hoy nos vamos como sea.

—¡Va! Al rato te traigo tu pastel, no creas que se me olvidó.

En el equipo todos lo respetaban por su habilidad para meter las manos. También, cada uno de los jugadores trató de pedirle calma. Miguel era el medio de contención que nunca sobra: fuerte,

diestro para robar el balón, para jugar fácil, pero no sabía controlarse. Perdía la cabeza y era expulsado con regularidad. Nadie quería terminar la final con un hombre menos, así que recibió el balón tras el taconazo del Mago y, sin complicaciones, lo retrasó aún más al escuchar el grito de Tacho.

Anastasio

El barrendero había adquirido una nueva forma de andar, mucho más seguro y confiado de sí mismo. Así bajó del autobús. Examinó a cada una de las mujeres presentes y entró partiendo plaza al campo. Saludó con su respectivo albur a cada uno de los que ya calentaban.

—¿Quién es la güera? —le preguntó a Miguel.

—Viene con el chavito del otro equipo.

—¿Cuál? ¿El nueve?

—Sí.

—Patea la bola para allá, de cuates.

El Diablo chutó el balón a los pies de la chica que, distraída, se asustó al sentirlo. Tacho llegó segundos después.

—Perdón. Mi compa es bien güey —le dijo. Ella lo miró por menos de un segundo y fingió una sonrisa antes de mirar hacia otro lado—. ¿Vienes con el otro equipo?

—Vengo con mi novio —respondió y elevó las cejas con fastidio.

—Ah, yo pensé que era así como tu traines, treines... Tu entrenador, pues.

—¿De qué hablas? ¿Podrías dejarme en paz, por favor?

—¿Te está molestando este güey? —preguntó el número nueve del equipo rival.

—No, mi buen, le decía a tu muñeca que va a ser muy difícil marcar a alguien, acá, así de mamey como tú —le dijo mientras le apretaba el escuálido brazo.

Tacho entendió que no se le pega a la lotería dos veces seguidas. Antes de que Luis diera el toque inicial, sintió la mirada de la chica, volteó a verla y sonrió engreído.

—¡Aguas, Tacho! —le gritaron; él alcanzó a ver la pelota ya muy cerca y tras ella al nueve. Por pura reacción despejó el balón con todas sus fuerzas, adonde cayera. El chico alcanzó a frenar y el barrendero le dio una palmada condescendiente en la espalda.

Ricardo

Corrió tras el balón, pensó que no lo alcanzaría. Antes de apretar el paso recordó la frase que alguna vez leyó de Guardiola: “No hay nada más peligroso que no arriesgarse”. Y justo antes de que saliera, lo alcanzó a detener. No hubo recompensa para el maestro de Educación Física. Con la inercia salió del campo y el contrario se llevó el esférico con facilidad. Eran días negros. No pudo encontrar en internet la frase que describiera lo que había pasado en menos de una semana, quizá tendría que escribirla él mismo. Tal vez por eso en los recreos de la escuela no salía más a comer papas. Ahora se encerraba a solas en la pequeña biblioteca, ¡y es que empezó a leer! Tuvo la suerte de descubrir

en un programa deportivo una entrevista de Juan Villoro, un tipo —pensó Ricardo— que habla de fútbol como si fuera algo muy importante. Así encontró uno de sus libros en la escuela y, tan rápido como se puede destruir la vida de alguien, lo leyó completo. De ahí se siguió con un tal Camus que no escribió nada del juego, pero se enteró gracias a Villoro que fue portero, igual que un ruso de apellido Nabokov y de tantos otros que han escrito las frases que él había memorizado. “No hay peor lucha que la que no se hace”. Entró de nuevo al campo y volvió a correr con todas sus fuerzas. Unos metros después alcanzó a puntear el balón para que llegara hasta Claudio.

Claudio

El viejo mantiene el ánimo y el Falcon 66. Llegaron con Claudio al volante y el abuelo vestido aún de luto. El lateral cojeaba un poco por el raspón y trató de disimularlo; sabía que no tenían cambios en su equipo.

—¿Dónde te quieres sentar? —preguntó al hombre. Él sonrió y, a paso lento, se sentó entre la mujer de la sombrilla dorada y una chica de escote pronunciado.

Estaba claro que no podría correr como lo hacía siempre, así que lo supliría con colocación, anticiparía a su marca y tocaría el balón rápido. Ricardo, el Profe, le tiró el balón, dio un par de pasos y, sin exagerar, tocó hasta Joaquín, quien con la camiseta estirada en el abultado abdomen corrió tan rápido como pudo hacia ella.

Joaquín

El Quino avanzó como si fuera a detener un Ferrari a pie. Eso sintió, aunque la realidad fue que avanzó con torpeza hasta el balón. No había nadie cerca; pudo controlarlo mejor que su pulso. Se tomó el brazo izquierdo y temió sufrir otro ataque de pánico o desmayarse a medio partido y volverlo a confundir con un infarto. Estaba sano, con el colesterol y los triglicéridos un poco altos, nada de qué preocuparse. Miró a todos, hizo un par de indicaciones que nadie siguió y después tocó el balón hasta la otra esquina; en el lado izquierdo, Efraín bajó con el pecho la pelota.

Efraín

—No podemos cerrar la tienda.

—Son unas horas; no te vas a quedar sola. La cerramos y punto

—respondió Efraín enojado.

—Ya no me trates así. Ya te pedí perdón mil veces.

—¿No te vas a cambiar?

—¿Qué tiene de malo lo que traigo? Siempre me he vestido igual.

—Traes las chichis de fuera.

—Mejor no voy; así estás más tranquilo.

—Voy a estar más tranquilo cuando te vea sentada hasta adelante. Cuidado y te vayas a otro lado. Lo digo en serio, Marcia.

Efraín no entendía si hacía bien al seguir con ella; no sabía si podría volver a tenerle confianza. Nunca hubiera esperado verse

traicionado. La miraba aún con las ganas de siempre, pero con los celos a flor de piel. Celos incluso del viejo que, en lugar de platicar con la mujer de la sombrilla, no dejaba de mirar el busto de su mujer. No podía culparlo, Marcia tenía un pecho atractivo... ¡Pecho! Se inclinó un poco hacia atrás y recibió el pase de Joaquín. Adelantó varios metros hasta que alguien se acercó para presionarlo. Hizo una finta y vio a Manuel desmarcarse. El pase fue exacto.

Manuel

Sintió que había caído dentro de una barranca, una de la que no se podía salir, donde el fango le impedía asirse. Lo que más le pesaba era que en el interminable resbalar llevaba a sus hijos tomados de la mano. Bajó del taxi y todos cambiaron su expresión. El primero en dar su condolencia fue Luis. Manuel no se dobló; no lo hizo porque estaban sus hijos aún sin entender por completo lo que había pasado. Tanto que al ver en la grada al hombre que cargaba un conejo sobre sus piernas, corrieron a acariciarlo.

El taxista recibió el balón con la zurda educada, hizo un amague y dribló con agilidad a su marcador. Luego, como un mal presagio, en pleno mediodía toluqueño, un rayo apareció. Menos de diez segundos más tarde, el estruendo hizo a todos los presentes estremecerse. Manuel detuvo el balón, miró al cielo y una gota de lluvia cayó junto a su ojo. Quizá una de las lágrimas que no había derramado le era enviada desde una nube. El contrario tocó el balón y se largó hacia la portería de Jorge. El taxista se mantuvo absorto con la vista fija en el cielo y las gotas sobre su rostro.

Gol en contra

Varios minutos llenos de resbalones, entradas fuertes y poco fútbol plagaron el primer tiempo. La única oportunidad clara fue cuando Claudio desbordó por la banda derecha. Su centro salió con poca fuerza. Unos metros antes de la línea final, la herida en su rodilla se había vuelto a abrir. Ricardo se barrió para alcanzar el balón, pero no lo logró. En el contragolpe, Miguel se arrojó contra quien había recuperado la pelota como en una jugada de fútbol americano, tacleó al contrario. La falta no se marcó. El número nueve recibió el balón y con una maldita bicicleta dribló a Joaquín. Tacho no alcanzó a cerrar. Jorge salió a prisa para achicar, pero al correr, las piernas se le encogieron por una punzada en la espalda baja. Cayó y el delantero entró a paso lento con la portería descubierta.

El descanso

Detrás de la portería donde Jorge no pudo evitar el gol, Claudio se dejó caer. Su rodilla sangraba y cada vez corría menos. Lo siguieron los otros nueve, menos Ricardo que, de pie, los miró a cada uno exhaustos, cubiertos de lodo.

—Sólo es un gol; no pasa nada. Ahorita empatamos.

—Yo me siento mal. Ya no puedo; me falta el aire —dijo resoplando Joaquín al tiempo que sacaba una Coca-Cola de su mochila.

—Pues deja de tomar esa madre —le reclamó Luis.

—Pinche guacho, a ti porque la jefa te ha de preparar tu agüita de limón.

—Te vale madres, pinche gordo —respondió enojado el exmilitar.

El sonido de una arcada los hizo voltear: Hugo había sido incapaz de contener el vómito por la resaca. Juan Carlos se puso de pie y caminó hasta la grada, arrebató el conejo a los niños que jugaban con él y caminó hacia su auto. Manuel lo alcanzó.

—¿Es mucho pedir que mis hijos jueguen con tu pinche conejo?

—No me chingues ahorita, Manuel, en serio, no me chingues.

—No sabes por lo que acaban de pasar. ¡No seas ojete!

—Ninguno sabe por lo que pasamos los demás. ¡Tú no sabes por lo que paso yo, así que no me chingues!

—¡Es un pinche conejo!

—¡Se llama Archivaldo!

El Mago sintió un enorme deseo por tomar su saco y empuñar la navaja. Manuel había sido más que un compañero de equipo; todos habían formado un lazo que iba más allá de patear un balón cada fin de semana. Se contuvo, pero alcanzó a empujar al taxista que, por reacción, tiró un golpe que conectó con la nuca de Juan Carlos. Todos corrieron a separarlos. El primero en llegar fue Tacho seguido por Miguel; ninguno de los dos tuvo dificultades para mantenerlos. Los hijos de Manuel, desde lejos, observaron todo.

—En las películas, siempre alguien se avienta un discurso que pone a todos al tiro, con ganas de regresar y darle la vuelta al marcador, pero yo, que soy el que siempre habla, hoy no tengo nada que decir. No se me ocurre cómo motivarlos para rifarnos, cada

quien trae sus broncas muy clavadas, todos están en otra onda, yo también traigo lo mío y la neta no sé qué decirles. No se me ocurre ninguna frase buena, no parecen venir al caso. Lo único que quiero pedirles es que le echemos ganas: es sólo un gol de diferencia. Yo sé que ha estado de la chingada todo. ¡Pinche semanita! ¿Cómo ven? ¿Nos rifamos?

Ricardo terminó de hablar y todos callaron. Era, sin duda, el peor discurso motivacional en la historia de una final. Era malo incluso para un campo llanero, para una segunda división municipal, para un equipo de sólo once integrantes. Nadie dijo nada... El silencio se rompió cuando Hugo volvió a vomitar de forma escandalosa: “¡Futa madre!”. “¡No mames!”. “¡Que asco!”. El árbitro anunció el segundo tiempo con un silbatazo.

Los últimos minutos

Al inicio del segundo tiempo todos estuvieron desconcentrados. Hubo varias llegadas del equipo contrario. Gracias a Jorge, al mal estado de la cancha y al miedo que el número nueve le tenía a Tacho, no cayó otro gol en contra. Es difícil encontrar en una final, con la mínima diferencia en el marcador, a un equipo derrotado, y eso parecían. Cada uno era dominado por su entorno real, por la vida que los había aplastado de distintas formas. Entonces, sin necesidad de hablar, sin un gesto fraternal, se dieron cuenta de que durante esos noventa minutos no estaban solos. Descubrieron que, como los primeros hombres cuando salían a cazar, lo que los hacía fuertes era la unidad, y tocaron el balón, y dejaron la piel en cada

barrida, y corrieron sin obedecer a su cuerpo, y cuando faltaban cinco minutos, el Mago sacó de la chistera un pase de treinta metros. Hugo había vuelto a la vida y midió el balón, en el aire, lo empalmó de cabeza hacia la portería; el arquero del equipo contrario apenas si lo desvió. Luis cerró la pinza para empujarlo, pero un defensa lo alcanzó antes de tocar la pelota; fue tropezado por el central y cayó con la cara en el lodo. El árbitro marcó el penal.

El Cabo estaba sentado, con sangre en la nariz, con el lodo en su rostro, bajo la lluvia incesante. Cada uno de sus compañeros esperaba fuera del área. Lo observaron confiados. Luis tomó el balón, dio la espalda al portero que no dejaba de gritar para distraerlo. Los miró y en segundos entendió que eso no era más que un juego, que al terminar cada uno volvería a sus realidades. Sin embargo, sabía que en ese momento, en esos utópicos noventa minutos, podrían ganar. Dio unos pasos atrás. En la grada, la gente cubierta por plásticos aguardaba el disparo. El árbitro dio la señal con su silbato y Luis corrió concentrado hacia el balón. Sabía de sobra a dónde tirar, sabía que el portero no llegaría. Lo que no sabía era que su pie, tan poco acostumbrado a los zapatos de futbol, se resbalaría... El balón salió con fuerza pero casi al centro, el portero trató de agarrarlo; como estaba mojado, escapó de sus manos. De la nada, Manuel apareció, se anticipó a su marcador y, con sólo un rozón, empujó el balón hacia adentro.

El taxista corrió, corrió mucho más rápido que en todo el partido, corrió gritando y tras él, los otros diez hicieron lo mismo. Manuel levantó a sus hijos en brazos y ellos festejaron mientras él rompía en llanto. Todos se abrazaron. Se olvidaron que tan sólo habían empatado. El árbitro silbó con fuerza para que volvieran al

campo y ellos reían. Y Claudio se aferró a su abuelo, y Luis le besó la mano a la suya. Y Juan Carlos se contuvo para no ir a buscar a Archivaldo, y Joaquín bebió de un trago largo su Coca-Cola, y Efraín besó a su mujer mientras le cerraba el escote, y Tacho le mandó besos a la novia del nueve y ella le sonrió, y Miguel sólo quería ir por Irma para largarse de la ciudad, y Hugo pensó que su mujer podría estar de vuelta mientras le quitaba la cerveza a un vendedor, y Ricardo buscaba una frase triunfal que olvidó al momento de ver un carrito de papas acercarse, y Jorge se sentó solo y sonrió con nostalgia, deseó que el partido fuera eterno, y el árbitro volvió a silbar, y la lluvia arreció, y los rayos destellaron en el cielo toluqueño. El hombre de negro se acercó para reclamar a los jugadores que no volvían al campo cuando de su frente un chorrillo de sangre se diluyó con el agua. El árbitro se llevó la mano a la herida y recibió desde el cielo un nuevo golpe. El granizo caía despiadado sobre el campo. Un rayo cayó más cerca.

—¡Se suspende, se suspende! —gritó el nazareno mientras corría en busca de refugio.

En pocos minutos, la cancha se vació. Los autos pasaron con los limpiavidrios puestos a toda velocidad. La gente que circulaba por las Torres no notó que allí, en el centro del campo enlodado, había quedado solo, con la redondez de la tierra, un balón capaz de sacudir más de una vida.

Índice

- 11 La Palma
- 19 La orilla
- 23 Mala circulación
- 33 Golpe de suerte
- 41 Meteorismo
- 53 Diablo
- 69 Frases hechas

- 83 Los dos crímenes de Manuel
- 95 Para mi siguiente truco
- 109 Silbatazo final
- 117 Toluca la Bella
- 125 Un juego



Entonces

vimos llover, de Daniel

Bernal Moreno, se terminó de imprimir en septiembre de 2019, en los talleres gráficos de Luis Fabián López Laredo, ubicados en Valentín Gómez Farías núm. 307, segundo piso, colonia Francisco Murguía, C. P. 50130, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Erika Lucero Estrada Ruiz. Formación y portada: Carlos César Contreras Becerril. Supervisión en imprenta: Daniel Centeno Fuentes. Cuidado de la edición: Ada Villanueva Ramírez, Delfina Careaga y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.

